

RESEÑAS

Carlos A. Mayo, *ESTANCIA Y SOCIEDAD EN LA PAMPA, 1740-1820*. Buenos Aires, Ed. Biblos, 1995, 202 páginas, prólogo de Tulio Halperin Donghi.

Es muy grato reseñar un libro como el de Carlos Mayo. Antes que nada, porque accedemos con él a la culminación de largos años de trabajo y reflexión del autor. Si bien muchas partes de esta obra son deudoras de artículos publicados o de ponencias previas, esta obra integrada y superadora de aquellos nos permite conocer la visión de conjunto de uno de los investigadores que participaron de manera decisiva en el debate sobre el mundo rural rioplatense de la colonia.

El segundo motivo de satisfacción es el hecho de que un libro como el de Mayo, una monografía de historia social colonial, que no parece estar de moda en los medios editoriales, pueda ser acogido por una editorial y, en consecuencia, llegar al público de manera integral. Cuando las instituciones académicas no cuentan con fondos para editar trabajos científicos y cuando quienes deciden qué se publica en las editoriales comerciales se rigen por criterios exclusivamente mercantiles o por el prestigio de presentar temas de moda, la aparición de un libro como este nos indica que no todo está perdido.

Vayamos ahora al contenido mismo del libro. Quien tenga la posibilidad de comparar los aportes parciales sobre historia agraria rioplatense que este autor ha publicado desde hace más de diez años, podrá comprobar con este libro sus avances en varios temas, la maduración de una serie de hipótesis y problemas que le son caros y, junto a ello, las ventajas que la posibilidad de confrontación, de debate acalorado a veces pero siempre respetuoso, ofrece a un investigador inteligente, honesto y con sensibilidad como Carlos Mayo. El libro refleja algunas de sus tesis más conocidas, su visión sobre la mano de obra rural, los gauchos, la mujer y los estancieros, pero muestra también cómo Mayo ha logrado integrar estos temas dentro de un mundo más complejo y matizado que el que podía presentar hace diez años.

La mayor parte de los temas que trata en el libro ya los conocíamos por aportes anteriores, pero aquí adquieren coherencia, se vinculan y al mismo tiempo se matizan por su necesaria integración con el resto de las cuestiones planteadas. Los once capítulos tratan de abarcar el conjunto de actores sociales de la campaña tardocolonial, desde los estancieros hasta los capataces, peones, esclavos y agregados, así como las vinculaciones que se establecen entre algunos de ellos (desde las relaciones de producción en el interior de la estancia hasta las relaciones entre los sexos, tema este último en el cual Mayo ha sido un pionero).

Uno de los temas centrales del libro, y en esto coincide con la mayor parte de la historiografía reciente (salvo algunos que tienen muy bien calzadas sus anteojeras), es la difusión de la pequeña y mediana propiedad en la campaña colonial y el escaso peso social, económico y político de los grandes estancieros. Su análisis sobre el menguado poder y la escasa coherencia interna del grupo de los así llamados “estancieros” coloniales, constituye a mi juicio un aporte importante. También lo es su estudio sobre los trabajadores rurales, tanto libres como esclavos, el papel de los agregados (quizá lo más original del libro por lo poco que sabemos sobre ellos hasta el momento), o su estudio sobre el papel de la mujer.

Mayo destaca el limitado peso de la coerción en la formación de un sector de trabajadores rurales —salvo en el caso obvio de los esclavos— y, por el contrario, resalta la incidencia del mercado y las condiciones de la economía y los recursos locales. Los agentes aparecen negociando, conscientes en buena medida de sus posibilidades y limitaciones, y aun los esclavos (¡oh herejía!) parecen saber aprovechar los resquicios que su papel ineludible en ciertas estancias les procuraba.

En cuanto a las fuentes, la mayor originalidad de Mayo en relación con otros autores es su utilización de archivos judiciales —que en parte ya conocíamos por trabajos anteriores— que le permite adentrarse en aspectos de la vida cotidiana de la población rural, en sus valores culturales y en la forma de interrelacionarse. En este libro, madurando algunos avances previos, el autor integra estos aportes en un contexto más amplio, y por eso mismo los acota, gracias al uso de algunas fuentes de tipo estadístico que le permiten delimitar de qué universo de gente está hablando cuando analiza un caso necesariamente peculiar en un expediente judicial.

Por cierto, seguimos sin estar de acuerdo con ciertos puntos tratados en esta obra. El mismo Mayo se encarga (y esto sin duda es una virtud del libro) de recordarnos a cada paso en qué aspectos su visión de este mundo agrario es parecida o diferente a la que plantean otros autores. Veamos algunos ejemplos.

El autor sigue insistiendo en un mundo agrario colonial esencialmente ganadero, en el cual los estancieros tienen dificultad para conseguir mano de obra estable. Es de destacar sin embargo, en honor a Mayo, que a diferencia de lo que planteaba hace ocho años en la polémica en el *Anuario IEHS* (No. 2, 1987), considera ahora que el factor central que restaba brazos a la estancia era el acceso fluido de la población rural a los medios de producción (la tierra en particular) y no insiste tanto en la versión gauchesca de esta escasez. Sin embargo, nuevamente cuando discute el nivel de esta escasez de brazos, los ejemplos más contundentes que utiliza se refieren a la cosecha del trigo y no tanto a las labores ganaderas. Si bien Mayo, como ya se dijo, presta aquí atención al conjunto, a través de series estadísticas utilizadas por él y por otros autores, a veces parece resistirse a sacar todas las conclusiones de ellas. Así por ejemplo, dedica un capítulo a los capataces de estancia, cuando se trata de un sector social minoritario, como él mismo se encarga de decirnos cuando señala que la mayoría de las explotaciones son familiares, y a la inversa, cuando habla de peones-campesinos nos dice que son un sector social pequeño (e indica que podrían ser más del 20% [sic] en los pagos del norte de la campaña bonaerense).

En fin sobre los gauchos, un tema de Mayo si los hay: el peso de estos actores en el libro es mucho menor de lo que se hubiera esperado del autor. Mayo limita y acota la existencia de estos personajes, ahora integrados en un universo más complejo formado por pequeños productores, agregados, peones, esclavos y familias. Su estudio sobre los “vagos y malentrenidos” en la campaña, aporta entonces datos interesantes que no ocultan el resto de la realidad social, aunque nos parece discutible la caracterización de dichos datos. Al analizar los apresados por las autoridades coloniales, Mayo encuentra que eran sobre todo peones (y no campesinos), jóvenes y principalmente solteros (aunque prefiere poner el énfasis en una fuerte minoría de casados). Como se ve, un

universo muy acotado que está lejos de reflejar a la mayoría de la población rural, pero que Mayo insiste en que reflejan una actitud cultural ante el trabajo (y el ocio) y la propiedad privada, que estaría caracterizando a esta peculiar sociedad agraria. Es decir que hay una propensión al ocio y a la apropiación directa de recursos, que estaría determinada por las características abiertas del territorio, un determinado patrón cultural, etcétera.

Sin embargo, se pueden señalar hipótesis bien distintas para explicar ciertas actividades que son caracterizadas como delito en esta sociedad. Si se compara ese perfil social y familiar de los imputados de vagos y ladrones con algunos estudios que muestran una estacionalidad bien marcada de los "delitos" (hay un fuerte incremento de esta criminalidad en los momentos de baja actividad y, al contrario, un marcado descenso durante la época de cosecha y trilla por ejemplo), podría colegirse que estos peones son apresados sobre todo en ciertos momentos en que se ven impulsados a delinquir por necesidad. La que es para ellos su única fuente de ingresos, es decir, el salario que pueden ganar en una empresa agraria, aparece en ciertos momentos del año, y en algunos años en particular, como inaccesible. No siempre había trabajo asalariado para todos. En esos momentos, el peón semiitinerante, pero no tanto el campesino, se veía compelido a buscar su alimento de manera algo irregular y quizás a pasar más tiempo de lo debido en las pulperías de la zona. Por supuesto, no todos los apresados eran peones, ni solteros y jóvenes, pero esto es una verdad obvia. Si ciertos fenómenos considerados como delincuencia tienen raíces económico-sociales, es evidente que no son estas sus únicas explicaciones.

De cualquier manera, estas no son más que apreciaciones marginales a una obra muy importante, novedosa y audaz. En muchos aspectos coincido con Mayo, en algunos no, pero este no es un demérito de su libro, sino un estímulo, como lo ha sido hasta ahora para que se sigan produciendo nuevos estudios y aportes que junto o frente al de Mayo nos permitan conocer cada vez mejor el pasado de esta parcela de la historia regional.

Como conclusión, quiero resaltar una hipótesis que plantea el autor, y que a mi entender refleja toda la riqueza de los estudios que se han efectuado últimamente sobre historia agraria. En el capítulo IV, luego de evaluar el escaso peso económico, social y político de los estancieros coloniales de inicios del siglo XIX, Mayo presenta la imagen de un Rosas en los años veinte de este siglo, que comienza a dominar la vida política local a partir de su fuerza en el mundo rural. Mayo nos dice que ese lugar que ocupa Rosas en la década del veinte no es el resultado natural del prestigio y poder de una clase inexistente de hacendados en la campaña y que, por tanto, para poder actuar como lo hizo debió trabajar en forma denodada a fin de construir su ascendiente sobre la población rural: delineó conscientemente una estrategia y se aplicó con la tenacidad que lo caracterizaba a cumplirla. Pero para nada este papel estaba prefigurado por la realidad social o económica de la campaña. Esta hermosa hipótesis de Mayo, nos muestra los numerosos caminos que han quedado abiertos a partir de los estudios sobre la historia rural colonial, y que impulsan a reestudiar la historia del siglo XIX. También nos obligan a desechar una historia determinista que confunde el resultado de un proceso con su camino, que quiere considerar el final de cada historia como natural y lógico, y no como el producto de relaciones sociales y políticas conflictivas, de alternativas abiertas y distintas que se tiene que definir a cada momento.

JORGE GELMAN

Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"

Batia B. Siebzeher, *LA UNIVERSIDAD AMERICANA Y LA ILUSTRACIÓN*. Madrid, Mapfre, 1994, 268 páginas.

El libro de Batia Siebzeher es una versión adaptada de su tesis doctoral, *Patterns of incorporation of the Enlightenment in Spanish America, Mexico and Argentina 1790-1825*, defendida en la Universidad Hebrea de Jerusalén en 1990. Está dividido en dos partes en las que se analizan dos momentos significativos de la historia cultural y política del imperio español: el período de afianzamiento del poder colonial americano bajo los Austrias en los siglos XVI y XVII, y el período de las reformas borbónicas durante el siglo XVIII, en particular durante el reinado de Carlos III (1759-1788). Esta división fundamental del libro se completa con una amplia introducción metodológica, con conclusiones y una orientación bibliográfica.

El objetivo de la autora es loable, puesto que se ocupa de un tema clave para la historia cultural hispanoamericana, como lo es el de los vehículos por medio de los cuales las ideas forjadas en Europa en el siglo XVIII —las “novedades”, como las llamaban los contemporáneos— hicieron lentamente su aparición en la Península y en forma sucesiva en las colonias americanas del imperio español. Es notoria la influencia que ejercieron estas ideas en el mundo intelectual de la colonia, en la constitución de nuevos puntos de vista que, elaborados durante la segunda mitad del siglo XVIII, fueron determinantes en el desarrollo posterior de una ideología revolucionaria y en la formación de las naciones hispanoamericanas independientes durante el primer cuarto del siguiente siglo.

La autora acierta al encuadrar la historia de las instituciones educativas superiores hispanoamericanas dentro del marco más amplio del análisis de las estructuras que mediatizaron las relaciones de la corona con sus súbditos de América. Colegios y universidades fueron canales de internalización en las élites de los elementos constitutivos del vínculo colonial, expresados en precisas orientaciones culturales. Para abordar el estudio de esta problemática Siebzeher analiza dos aspectos relevantes de la organización universitaria, tales como el ámbito de los rituales y normas de comportamiento especificados por reglamentos y constituciones —en tanto mecanismos de transmisión de un determinado imaginario— y el currículum formativo. El estudio de estos dos aspectos para los casos de las universidades de Salamanca, México y Córdoba aporta elementos comparativos reveladores de importantes similitudes y diferencias. Los ejemplos han sido bien elegidos, puesto que se trata de una casa de estudios modelo de la península, de otra que cumplió también el mismo papel para la América española y finalmente de una institución como la Universidad de Córdoba que, a pesar de encontrarse en una zona marginal del imperio, constituyó uno de los baluartes del poder jesuítico en la América colonial.

La autora parte entonces de las modalidades normativas y curriculares en los períodos iniciales de estas universidades para pasar en la segunda parte del volumen al estudio del período borbónico, durante el cual la corona emprendió la reforma de la educación superior en España y en América a partir de la década de 1770. Estas transformaciones tuvieron lugar a partir de la expulsión de los jesuitas de las posesiones españolas (1767) y en el marco de un proceso de imposición de la autoridad real a todos los niveles en detrimento de otros polos de poder —como la Iglesia y las universidades— que durante siglos habían recortado las posibilidades de acción del Estado. Es notorio el apoyo que en esta reorganización educativa manifestó la corona hacia las ciencias experimentales en detrimento del deductivismo escolástico, paralelo al que brindó a las corrientes que en el interior de la Iglesia, por muy distintos motivos, propugnaban la limitación del poder del papa y de la curia romana.

Siebzeher también estudia la temática que acabamos de reseñar mediante el análisis de otros vehículos de la Ilustración en el mundo hispano, tales como la acción de ciertas individualidades y

de instituciones fundadas con el objeto específico de propagar las nuevas ideas y las técnicas recientes. En cuanto a la acción de actores individuales, la autora presenta en el capítulo III de la segunda parte los casos del padre Benito Feijóo, de Gaspar Jovellanos y de Pedro Rodríguez de Campomanes para España, del jesuita novohispano Francisco Javier Clavijero y del rioplatense Mariano Moreno. Las novedades institucionales, como las sociedades económicas y academias, se estudian en el capítulo VI para los mismos tres ámbitos regionales.

Crucial entonces el tema, e interesantes la perspectiva y la metodología; sin embargo, el libro presenta algunas confusiones e inexactitudes que no podemos dejar de señalar. Por ejemplo, llama la atención en este medio la imprecisión conceptual con que se ha encarado la presentación de las tendencias religiosas del siglo XVIII. El complejo tema del jansenismo español está pobremente tratado en el texto —e incluso el movimiento es designado con el epíteto despreciativo de “secta” (p. 131)—. Sus contenidos no están suficientemente diferenciados de los de otras corrientes de pensamiento como el regalismo o el galicanismo, que solo coinciden con el movimiento jansenista en muy específicas formulaciones teológicas o disciplinarias.

Esta imprecisión respecto de algunos temas lleva a la autora a afirmar conceptos de difícil demostración empírica. Ejemplo de esto es el pasaje en que sostiene que las universidades coloniales constituían “un típico canal de movilidad social ascendente para los jóvenes de las clases medias y populares” (p. 152). Más allá del hecho de que la existencia de “clases medias y populares” en la América Latina colonial es muy discutible —el tema ha dado lugar a polémicas interminables y a menudo poco fructuosas—, afirmar que las “clases populares” latinoamericanas accedían a las universidades y a través de ellas ascendían socialmente revela un conocimiento insuficiente de la historia social de la América Latina colonial. Sin embargo, más aventurado aún es acompañar con el adjetivo “típico” un mecanismo de ascenso social que, en el mejor de los casos, se observó solo muy puntualmente; si la autora se refiere a las becas que algunas instituciones asignaban a hijos de “pobres honestos”, baste decir que estos jóvenes muy difícilmente podrían catalogarse como pertenecientes a “clases populares”: en general se trataba de familias menos favorecidas de la élite, y es típico el caso de los hijos de madres viudas.

Son también objetables en este volumen algunas afirmaciones excesivamente esquemáticas, como la que efectúa la doctora Siebzechner al comparar los agentes individuales de introducción de las nuevas ideas en Nueva España y en el Río de la Plata (p. 135): allí afirma que en la región novohispana tuvieron un papel destacado las órdenes religiosas, mientras en esta desempeñaron un papel activo los “activistas políticos” (*sic*). Esta aserción, no fundamentada en el libro, pasa por alto la función determinante que cumplió el clero también en el ámbito del Río de la Plata, error de apreciación confirmado por el hecho de que no aparece mencionado en ningún momento el canónigo Juan Baltasar Maziel, un personaje de fundamental importancia para la comprensión de las corrientes innovadoras rioplatenses de este período.

Es posible que en buena parte estas carencias encuentren su origen en una segunda limitación que presenta la obra, esta vez en el nivel bibliográfico. La autora, en efecto, demuestra conocer bibliografía actualizada sobre algunos temas, mientras que en otros de no menor importancia desconoce o no cita obras relevantes de elaboración más reciente. Para ejemplificar este aspecto volvamos un momento al tema del jansenismo español. Para referirse a él, Siebzechner sigue a autores como Sarrailh, Menéndez y Pelayo, y Tomsich, de los cuales el más moderno precede en varios años las obras específicas y de gran nivel de Joël Saugnieux, sin duda el historiador que con mayor sagacidad ha indagado el tema. En otros casos la bibliografía final incluye buenos trabajos de publicación mucho más reciente que los que efectivamente se siguen en el texto. En síntesis, por mérito de sus virtudes, y a pesar de sus límites, el libro de Batia Siebzechner constituye un aporte sin

duda importante para la historia cultural iberoamericana de las últimas décadas del período colonial, sobre todo porque introduce ópticas novedosas para encarar un tema que, a pesar de haber sido muy trabajado, dará aún mucho que hacer a los estudiosos de historia y de otras disciplinas.

ROBERTO DI STÉFANO

Marcello Carmagnani (coordinador), *FEDERALISMOS LATINOAMERICANOS: MÉXICO/BRASIL/ARGENTINA*. México, Fondo de Cultura Económica, 1993, 416 páginas.

Esta colección de ensayos en torno a la trayectoria del federalismo durante los siglos XIX y XX en los tres países seleccionados integra la serie del Fideicomiso Historia de las Américas, impulsada por el Colegio de México, y la elección del tema revela una feliz coincidencia con el propósito de la colección, de pensar la historia americana como la de "una comunidad plural de americanos, al mismo tiempo unidos y diferenciados".

En efecto, es el intento de establecer una vinculación funcional entre distintos planos de identidad colectiva lo que define al federalismo como modelo de organización política. Uno de los méritos de esta obra reside en su intención de explicar este fenómeno más allá del marco puramente institucional, rastreando los puntos de contacto entre el federalismo como doctrina y montaje institucional, y sus raíces en la cultura política y las estructuras sociales y económicas. Un segundo aporte radica en la decisión de no tratar al federalismo latinoamericano como un modo de organización política inmutable a través del tiempo y el espacio, sino de analizar "formas históricas del federalismo" en los países estudiados. Este propósito justifica la organización del volumen en tres partes que agrupan los ensayos presentados en "El primer federalismo", "El federalismo liberal", y "El federalismo centralismo". En la primera parte, que abarca hasta mediados del siglo pasado (con la excepción del caso brasileño, que llega hasta la caída del Imperio en 1889), Josefina Zoraida Vásquez, José Murilo de Carvalho y José Carlos Chiaramonte analizan respectivamente los casos mexicano, brasileño y argentino; en la segunda parte, que llega hasta la década del treinta de este siglo, los análisis están a cargo de Marcello Carmagnani, Joseph L. Love y Natalio R. Botana; y por último, Alicia Hernández Chávez, Aspásia Camargo y Germán J. Bidart Campos estudian el federalismo centralizador que se extiende desde los años treinta hasta la actualidad. Marcello Carmagnani, como coordinador del volumen, es responsable de una conclusión final sobre la historia del federalismo como forma de gobierno en América Latina que permite establecer con más claridad los puntos de contacto y de divergencia entre los casos estudiados, enfocando ante todo tres problemas comunes: la capacidad de estos países para elaborar modelos doctrinarios e institucionales propios, "capaces de adecuar, reinventándolo, el federalismo", el papel que los condicionamientos sociales y económicos desempeñaron en el desarrollo de las experiencias federales, y por último, los efectos que tuvieron las culturas y los cambios políticos en cada uno de los países sobre la evolución del principio federal.

La primera etapa del federalismo en los casos mexicano y argentino, según queda ilustrado en los trabajos de Josefina Zoraida Vásquez y José Carlos Chiaramonte, estuvo fuertemente marcada por la crisis en torno a la idea de la soberanía provocada por el proceso de la independencia. Esta crisis contribuyó a generar un proceso de surgimiento y consolidación de las provincias como espacios políticos autónomos que supieron oponer una fuerte resistencia a las tendencias centralizadoras también presentes, y de esas tensiones entre tendencias autonómicas y centralizadoras surgieron sistemas de confederación donde las atribuciones de los órganos de gobierno federal quedaban

severamente limitadas. El trabajo de Chiaramonte se destaca por brindar, además de un agudo análisis de ese proceso, la oportuna revisión de algunos de los equívocos conceptuales que han aquejado a la historiografía del federalismo argentino en torno a los orígenes de la idea de nación y al fundamento de las soberanías provinciales. José Murilo de Carvalho estudia el caso brasileño durante esa primera etapa, signada por la continuidad del régimen monárquico tras la independencia, desde una perspectiva que subraya en forma muy acertada la estrecha vinculación que en los debates sobre el federalismo se estableció entre centralización-descentralización y autoridad-libertad, y las formas en las que el cruce de esos términos afectó al alineamiento de liberales y conservadores.

En los estudios de la segunda parte del libro, dedicados al "federalismo liberal" se retoma esa tensión entre poder y libertad como elemento subyacente en la evolución del federalismo. En el trabajo de Natalio Botana sobre el caso argentino se percibe, además, uno de los mejores ejemplos de esa intención de vincular la evolución del sistema federal con los condicionamientos sociales y la cultura y las prácticas políticas vigentes: Botana ilustra las consecuencias que "la sociedad civil escindida del Estado" que surge junto a las profundas transformaciones producidas por la inmigración masiva y el mecanismo de los "gobiernos electores" tuvieron en el régimen del Ochenta sobre la evolución del federalismo liberal. El gobierno de Yrigoyen continuaría este impulso centralizador al acentuar la utilización de la intervención federal, apoyada ahora en una concepción de la soberanía popular, "de carácter nacional y naturaleza indivisible", frente a la cual las provincias aparecían como meros reductos del régimen oligárquico derrotado. En el trabajo de Marcello Carmagnani sobre el federalismo liberal mexicano se aprecian las similitudes con el roquismo argentino en el "federalismo conciliador" porfirista, apoyado en "una mayor gobernabilidad y una regulación de las luchas faccionales" facilitada por la consolidación en las gubernaturas de los estados de "muchas familias notables de gran raigambre regional". El trabajo de Joseph Love sobre el federalismo en la vieja y en la nueva repúblicas brasileñas (1889-1937) es el más claramente orientado al estudio de los condicionamientos y consecuencias económicas, tanto en el ámbito nacional como en el regional, del régimen federal, y en su punto de llegada —el *Estado Novo* de Getulio Vargas—, anuncia un tema que recorre todos los ensayos de la tercera parte de la colección: la afirmación de una corriente centralizadora alimentada por fuertes presiones corporativas. Esas presiones corporativas, sumadas a la energía que el nacionalismo desarrollista y el peso institucional de un presidencialismo exacerbado alcanzarán en la primera mitad de este siglo, convergen, según apunta Marcello Carmagnani en sus conclusiones finales, entre las décadas de 1940 y 1960 en "la transformación del federalismo en una realidad nueva, muy similar a la forma de gobierno unitaria".

Si en los ensayos sobre la última etapa el interés principal reside en esa vinculación entre la centralización y el peso de las formaciones corporativas en lo que Bidart Campos llama "la devaluación del federalismo", en los trabajos que integran las primeras dos partes se descubren las posibilidades que ofrece un estudio del federalismo que se muestra renovado por su contacto con dos problemas claves del pensamiento y la práctica política del siglo XIX latinoamericano, como son las transformaciones del concepto de *representación* política y los orígenes de la *idea de nación* en América Latina. En cambio, el intento de algunos de los trabajos por contraponer la variedad de las formas históricas del federalismo latinoamericano con una supuesta homogeneidad del modelo federal estadounidense aparece un tanto exagerado. Así, parecen al menos discutibles las afirmaciones de Josefina Zoraida Vásquez de que "en la convención de Estados Unidos de 1787 *no existía desconfianza hacia un centro que no existía y que todos reconocían necesario*" (p. 25, énfasis añadido), o la sugerencia de Marcello Carmagnani de que la experiencia federal estadounidense puede ser enmarcada "en una única concepción doctrinaria e institucional" (p. 403, énfasis añadido). Se

menciona también en un par de oportunidades a la constitución estadounidense "de 1776" (pp. 399 y 400) por los Artículos de Confederación de 1781. Estas son objeciones menores frente a una colección que constituye un aporte fundamental para la renovación de los estudios sobre el federalismo latinoamericano.

EDUARDO A. ZIMMERMAN
Universidad de San Andrés

Josefa Emilia Sabor, PEDRO DE ANGELIS Y LOS ORÍGENES DE LA BIBLIOGRAFÍA ARGENTINA. ENSAYO BIO-BIBLIOGRÁFICO, Buenos Aires, Ediciones Solar, 1994, 460 páginas

Una de las dificultades más graves que debe enfrentar todo investigador especializado en la historia argentina del siglo XIX (así como también de otros períodos), es la ausencia de adecuadas guías bibliográficas a la obra escrita, por lo general muy dispersa, de los publicistas y líderes políticos de aquella época. Salvo algunos casos excepcionales —por ejemplo el estudio bio-bibliográfico de María Schweistein de Reidel sobre Juan María Gutiérrez, o sendos relevamientos bibliográficos de los escritos de Sarmiento y Echeverría—, el historiador debe conducir su tarea sin el auxilio de referencias precisas referidas a la extensión, localización y disponibilidad de los escritos de las figuras estudiadas.

Esta situación, cuyo origen lejano deriva de la tendencia tan difundida en la prensa del siglo XIX a conservar el anonimato de los autores periodísticos, ha experimentado una progresiva exacerbación en la tradición historiográfica argentina de este siglo, por obra de la insuficiente incorporación de prácticas de investigación sustentadas en normas de alto rigor científico en los años centrales del período decimonónico.¹ Por un lado, escasean las colecciones de obras completas armadas con precisión bibliográfica y una voluntad de inclusión totalizadora: en el presente siglo, a excepción de las *Obras Completas* de Bartolomé Mitre, prácticamente no ha existido ninguna iniciativa de esta índole dirigida a recopilar y ordenar los escritos de autores del siglo XIX.²

Entre los principales autores del romanticismo local, por ejemplo, solo Sarmiento y Alberdi llegaron a contar con algo que se pareciera mínimamente a una colección de sus obras completas, y como es sabido, en ambos casos el producto final estuvo muy lejos de constituir una recopilación exhaustiva. No obstante, ellos han sido mucho mejor tratados que Vicente Fidel López o Juan María Gutiérrez, cuyas obras permanecen desperdigadas entre las páginas enmohecidas de diarios y revistas del siglo XIX, y las no demasiado abundantes de algunas antologías modernas. Si ello es así respecto a los principales escritores del movimiento román-

¹ Esta situación se modificó a partir de los años sesenta, pero en tanto el centro de las preocupaciones historiográficas se desplazaba hacia zonas poco exploradas hasta el momento, como la historia económica y social, los efectos de las nuevas normas de científicidad sobre el estudio de la producción cultural del siglo XIX fue relativamente menor.

² Una importante excepción a esta regla general ha sido la de las colecciones epistolares de la época, ya que los archivos personales o los epistolarios de Bartolomé Mitre, Juan María Gutiérrez, Juan Facundo Quiroga, Rufino de Elizalde y Marcos Paz, para mencionar solo los esfuerzos de mayor envergadura, han sido editados en ediciones críticas generalmente muy buenas.

tico, lo es en un grado aún mayor cuando se trata de figuras menores de la historia cultural y política argentina, cuya importancia en la configuración del entramado cultural rioplatense no puede sin embargo ser eludida: Juan Cruz y Florencio Varela, Bernardo de Irigoyen, Manuel Moreno, Ignacio Núñez, el Padre Castañeda, Mariano Fraguero, Carlos Guido y Spano, Paul Groussac, son todos autores cuya obra permanece en gran medida oculta, es decir, no solo sin estudiar, sino sin identificar siquiera. Por otro lado, a pesar de ser muy imperfectas las fuentes bibliográficas originales, tales como las preparadas por Antonio Zinny o Juan María Gutiérrez, al no haber sido reemplazadas por trabajos de mayor rigor científico en el transcurso de este siglo continúan ocupando un lugar de referencia obligada para historiadores y críticos literarios, que resulta inmerecido, ya que no pocas veces las adscripciones canónicamente consagradas revelan ser falsas ante la propia evidencia interna de los textos.

Es sobre todo respecto de la cohorte virtualmente inexplorada de escritores prerrománticos que aquella insuficiencia de los instrumentos auxiliares para el estudio de sus obras —antologías, relevamientos bibliográficos, ediciones facsimilares modernas—, aparece como un obstáculo de importancia, y en este contexto, el libro recientemente editado de Josefa Emilia Sabor, *Pedro de Angelis y los orígenes de la bibliografía argentina*, viene a cumplir una función de innegable utilidad. Dividido en dos partes, la primera dedicada a narrar la biografía del escritor napolitano y la segunda consistente en una bibliografía analítica de todas sus obras conocidas, el principal mérito de este libro es el de suplir —en lo que concierne a De Angelis— precisamente aquella ausencia de materiales auxiliares para el estudio de la historia antes aludida.

La bibliografía analítica que cierra el tomo es excelente. Compuesta de 67 asientos, incluye para cada uno, una historia de las sucesivas ediciones de la obra, información precisa y detallada de las condiciones de edición y de las referencias bibliográficas previas, y una indicación de las bibliotecas donde se pueden consultar esas obras. Este último dato, si bien constituye una práctica corriente en las mejores bibliografías científicas, es particularmente significativo en el contexto tan desalentador de la actual organización de bibliotecas y archivos en la Argentina.

La biografía de De Angelis, por su parte, consiste en una reconstrucción minuciosa y ampliamente documentada de los hechos de su vida, destacándose de los enfoques anteriores por su precisión crítica y su voluntad totalizadora. Al contrario que la mayoría de los estudios dedicados a la vida del periodista napolitano, el libro de Sabor manifiesta una saludable reticencia ante aseveraciones tradicionalmente aceptadas pero carentes de una adecuada comprobación documental, por lo cual sin duda merecerá la altísima confianza de quienes se ocupan del tema.

La organización de la biografía, a pesar de la aparente división temática que los títulos de algunos de los capítulos darían a entender, es rigurosamente cronológica, relatándose en ella las peripecias experimentadas por De Angelis y su esposa, Melanie Dayet, desde el origen napolitano del primero hasta la muerte de la segunda. El eje de este enfoque está puesto en la contribución de De Angelis a la tradición bibliográfica en la Argentina: la hipótesis central de la autora es la precedencia que debería acordársele a De Angelis como iniciador de los estudios bibliográficos en el país, y en función de ella han sido incluidos dos capítulos efectivamente temáticos —uno sobre la biblioteca de De Angelis, otro sobre sus trabajos bibliográficos— que cierran el estudio. Un subtema que nunca llega a desarrollarse plenamente, aunque se alude a él en diversas ocasiones a lo largo del texto, es el de la difícil adaptación de De Angelis a las condiciones de la sociedad y cultura argentinas de la primera mitad del siglo XIX, y las actitudes no siempre demasiado enaltecedoras a que ello habría dado lugar.

En conjunto, el libro encarna los más altos ideales de la llamada Nueva Escuela Histórica: rigor en el uso de las fuentes, precisión en la reconstrucción de los hechos, utilización y despliegue de herramientas auxiliares de investigación (tales como la crítica textual y la bibliografía analítica) y un cuidado en extremo meticuloso en la fijación de la cronología de los hechos narrados. Es por ello mismo que la sensación que permanece luego de su lectura es la de una profunda insatisfacción. Al igual que una porción importante de los más destacados trabajos de la Nueva Escuela Histórica, el libro de Josefa Sabor reconstruye con precisión los datos externos de la biografía de Pedro de Angelis sin vincularlos con aquello que únicamente podía otorgarle un sentido a un estudio de este tipo, que es el universo de ideas y actitudes ideológicas del que participó De Angelis. Es decir, en el libro aparece reconstruido con una precisión de orfebre todo el acontecer empírico de la vida de De Angelis —su *histoire événementielle* personal— sin que se le brinde al lector indicio alguno de por qué puede resultar importante o significativo conocer con tanta profusión de detalles los hechos de esa vida.

Es cierto que Sabor subraya que “no es a nosotros a quienes corresponde emitir un juicio total sobre De Angelis. Eso queda reservado a quienes hagan un estudio completo sobre las ideas de tan difícil personaje y, sobre todo, de su ingente labor de periodista. Únicamente aspiramos a señalar los hitos más importantes de su carrera personal y cultural, y poner en evidencia el papel preponderante que le cabe en la historia de la bibliografía rioplatense”. Sin embargo, si esta afirmación sirve para indicar los límites muy precisos que la autora ha asignado a su propia tarea circunscribiéndola exclusivamente a los aspectos relacionados con el De Angelis bibliógrafo, la legitimidad de esa circunscripción permanece en gran medida cuestionable. Es factible escribir la biografía de un escritor sin examinar ninguna de sus obras, o de un filósofo sin entablar una discusión sobre las proposiciones y sistemas conceptuales que constituyeron su tarea: que posea algún valor el resultado final es, sin embargo, otra cuestión.

En este libro, la decisión de no abordar el contenido de las obras de De Angelis ni discutir sus ideas conduce a la expresión de ciertos conceptos que no por ampliamente consensuados son menos susceptibles de cuestionamiento. Por ejemplo, un *leit motiv* de la obra es el choque entre la formación “liberal” de Pedro de Angelis y el ambiente político-ideológico de la Argentina rosista, considerado implícitamente antiliberal; sin embargo, es legítima la pregunta de cuánto explica, en el contexto del clima de ideas del temprano siglo XIX, una descripción que percibe en De Angelis solamente a un “europeo empapado de liberalismo”.

Las variantes del pensamiento liberal fueron muy diversas en ese período, a la vez que los límites entre lo que era “liberal” y lo que no lo era permanecían muy opacos aún: no es casual que entre los ideólogos y publicistas europeos que colaboraron con distintos regímenes dictatoriales latinoamericanos de esa época, figurara un nutrido contingente de simpatizantes de la experiencia bonapartista, que como los “afrancesados” españoles, no por colaboradores del caudillo francés —y en desmedro de las prescripciones de Madame de Staël y de Benjamin Constant— eran contrarios a los principios centrales de un muy elemental ideario “liberal”. De ser ciertas las simpatías de la familia de De Angelis por el experimento muratista en Nápoles, esa original inflexión bonapartista en la formación político-ideológica del publicista de Rosas sería un elemento muy significativo para tener en cuenta al evaluar el contenido preciso de su “liberalismo”, y las transformaciones a que él fuera sometido por su experiencia argentina.

Podrían invocarse otros ejemplos de esta naturaleza, en particular respecto a la discusión del romanticismo rioplatense en que incursiona la autora, pero la dificultad de explicar el ideario “liberal” de De Angelis es, creo, suficientemente ilustrativa de los problemas que implica para su interpretación biográfica la decisión de no abordar la producción intelectual del bio-

grafado. En síntesis, este libro, que se compone de dos secciones, constituye, por el contenido de la segunda de ellas, una obra de consulta imprescindible para todos los que se dedican al estudio de la historia cultural, política, ideológica o institucional de la Argentina de la primera mitad del siglo XIX; y es simultáneamente, por el contenido de la primera de ellas, una obra útil para conocer con mayor precisión los datos de la vida de De Angelis, pero en última instancia insatisfactoria por su omisión de aquello que precisamente le confirió un sentido a esa vida: su labor periodística e ideológica. De todos modos, esta lamentable insuficiencia no es tanto atribuible a la autora sino a la tradición historiográfica en cuyo interior ha desarrollado su tarea de biógrafa: una tradición que ha creído que la precisión en el dato justifica ignorar la cuestión del sentido que pueda revestir la investigación histórica emprendida.

JORGE MYERS
UNQUI - UBA

José Pedro Barrán, PODER MÉDICO Y SOCIEDAD EN EL URUGUAY DEL NOVECIENTOS. TOMO III: LA INVENCIÓN DEL CUERPO. Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1995, 342 páginas.

La serie iniciada con la *Historia de la sensibilidad en Uruguay* y en gran medida continuada por *Medicina y sociedad en el Uruguay del novecientos* no tuvo en Buenos Aires la repercusión masiva que alcanzó en su país, probablemente debido a la ausencia de un sistema aceptado de difusión. Pero la empresa de Barrán, iniciada a fines del ochenta —que representa un cambio notable en sus propias formas de encarar la historia—, no solo sorprende por la magnitud de un trabajo abordado en soledad y artesanalmente, sino que se recorta contra un campo en el que la renovación teórica que en los años ochenta prometía la apertura de nuevos temas dejó un saldo rico en debates pero pobre en trabajos de importancia —con notorias excepciones, entre las que se destacan los estudios de H. Vezzetti—. Así, la contribución de Barrán puede leerse en dos niveles: por un lado, su libro permanecerá como consulta indispensable, al margen de las vicisitudes de las modas historiográficas, pues la seriedad de la investigación lo convierte en un aporte indiscutido. Por otro lado, debido a los nuevos temas abordados y a la perspectiva de análisis, puede leerse como una puesta a prueba de la productividad histórica de enfoques que tiñeron el debate rioplatense en la década pasada. Quisiera detenerme en este último punto.

Como en los libros anteriores de la serie, este tercer tomo aclara las premisas de su trabajo crítico desde el mismo título: *La invención del cuerpo*. Se inscribe así en un clima de ideas en el que se entremezclan laxamente referencias variadas, de Bachtin a Foucault, de Duby a Corbin. Aquí, en todo caso, las breves menciones de enfoques teóricos o modelos historiográficos contrastan con la presencia abrumadora de documentos primarios. La clave de su mirada aparece planteada más sencillamente en el primer tomo de la serie: Barrán observará el campo médico con mirada de antropólogo; esta premisa coloca a la historia narrada en un terreno que hace años viene transitándose, privilegiando las estructuras de larga duración en desmedro del acontecimiento. La vinculación con el campo de ideas aludido aparece claramente en las hipótesis específicas: la historia que relatará es la de la progresiva medicalización de una sociedad que reemplaza viejas convicciones por el culto a la salud como valor absoluto. En este camino, el saber médico va adquiriendo un poder indiscutido por su anclaje en la ciencia, y participa de la hegemonía burguesa y masculina. El autor señala la posibilidad de considerar este trabajo, alternativamente, como un tercer tomo de su *Historia de*

la sensibilidad: así, la hipótesis sobre el disciplinamiento de las pasiones en el 900 liberal alcanza nuevas dimensiones en el período que se extiende hasta la década de 1930 —del que se sugiere su continuidad posterior—; en palabras de Barrán: “a la moralización de la medicina, sucedió la medicalización de la moral” (p. 18).

Ahora bien, el problema que se desprende de la lectura del texto está estrechamente enlazado con el carácter técnico de la disciplina estudiada y, por ende, con la idea de *progreso*. Mi insistencia en este aspecto de la disciplina médica se debe a que el relativismo en el juicio y los límites de la interpretación histórica se encuentran, en los casos de las disciplinas técnicas, profundamente comprometidos. En tanto Barrán trabaja con ciclos largos y tiempos homogéneos dentro del período considerado, la pregunta acerca de si es posible prescindir totalmente del tiempo progresivo que impone el desarrollo interno de estas disciplinas resulta pertinente, aun cuando este aspecto no sea objeto de estudio. El carácter ambiguo de la medicina, que la coloca en un lugar particular dentro de este mundo, la acerca a algunas artes y la implica fuertemente en las opciones morales de una sociedad, no excluye sino complejiza esta duda.

Podrían resumirse los problemas que plantea este registro a partir de dos de sus premisas: el relativismo radical —la no introducción de parámetros como la eficacia práctica— y la asunción de tiempos largos considerando en cada período una estructura de sensibilidad que subsume las diferencias específicas en un extendido sentido común. Así, es posible plantear una paradoja: si el clima de ideas contemporáneo, que posibilitó la difusión de estos enfoques, subraya la necesidad de comprender la diferencia, el resultado suele ser el relajamiento de una homogeneidad de sentido en la que los matices son borrados en función de un denominador común.

Un ejemplo puede ser útil para identificar estos problemas. Barrán afirma la *contagiofobia* como característica del hombre medicalizado del novecientos (p. 269 y sigs.). El miedo al contagio habría sido impulsado por el saber médico “porque se enfrentó a la sociabilidad intensa de los sectores populares, caldo de cultivo del contagio, y a la escasa higiene física que [...] caracterizaba a los hombres de la época”. También, en el caso de las enfermedades venéreas, las medidas sanitarias implicaron opciones más cercanas al control moral que a la asepsia científica. No pretendo negar *in toto* esta interpretación: mi pregunta es por sus límites. Ellos convocan un aspecto central a tener en cuenta cuando el objeto de estudio es una técnica: la prueba de la eficacia, o, dicho en otros términos, de la *verdad* en las disciplinas técnicas. Esta no es una verdad absoluta ni metafísica: está relacionada con lo que funciona o no. Ciertas prevenciones son *objetivas* dentro de las posibilidades de determinado momento histórico, otras no; esta diferencia no es menor.

Repasemos un ejemplo extremo: los cuidados impuestos para evitar el contagio de la sífilis. “La nueva ética basada en la profilaxis —afirma Barrán— también controlaba el deseo y culpabilizaba el placer. Lo esencial era colocar entre el deseo [y el coito] la reflexión. El lavado minucioso del pene era una metáfora que aludía a la suciedad del espíritu y su necesaria limpieza por la reflexión” (p. 80). En la medida en que la sífilis efectivamente se contagiaba, y puesto que se trataba de una enfermedad grave, ¿hasta dónde es posible identificar medidas profilácticas con una metáfora? Los testimonios podrían ser fácilmente pasibles de la interpretación contraria: en el nivel de progreso de la medicina de entonces, el preservativo, por ejemplo, disminuía el miedo al contagio y, al eliminar la posibilidad de embarazo, permitía tanto en el hombre como en la mujer el placer del acto en sí, sin fines externos.

Con respecto a otras consecuencias sociales de la *contagiofobia* podría hacerse la misma salvvedad. Sin duda la relación entre higiene social y pobreza real es conflictiva, pero no es posible desconocer las consecuencias de la temprana introducción de la perspectiva pública en la medicina rioplatense. Esto se materializó por medio de dispositivos diversos. Barrán subraya la clásica relación hospital-cárcel: elude en cambio aspectos tanto o más representativos, como la extensión de las

aguas corrientes y cloacas *públicas* en Buenos Aires y en Montevideo, introducción inusualmente temprana y para la que es difícil aceptar la metáfora carcelaria. Pensemos, nada más, en la reciente epidemia de cólera.

La subsunción de técnicas específicas en una sensibilidad sociocultural más amplia arrastra además otros problemas, que se derivan de introducir o no la variable de las autonomías de las disciplinas que no pueden ser homologadas sin saltos a un genérico sentido común. Un ejemplo puede clarificar algunos aspectos de esta cuestión. El autor expone el cruce (pertinente) entre clichés higienistas y proyectos urbanos. La injerencia del médico en la materialización de las transformaciones urbanas es incontestable, pero muchos temas de la arquitectura urbana señalados poseen inicios bien diferentes: en ambas orillas, la idea de regularización de las fachadas, la relación con los espacios verdes y la luz, o el uso de planos *limpios*, que Barrán evoca como consecuencias directas de la imposición médica, se manifiestan en períodos históricos anteriores y no responden exclusivamente a los cambios y motivaciones señalados. Se está aquí frente a tradiciones diversas en cada disciplina, que si a veces confluyen, otras veces se separan. Colocar en segundo plano las propias leyes del campo disciplinario limita también una mirada sobre las luchas dentro del saber médico, debidas a ideologías extramédicas, a género, a escuelas, a lugares ocupados por los actores en la institución y en la sociedad. A pesar de la abundante documentación expuesta, estos temas no son abordados en toda su densidad. Cuando se señalan los límites que el Estado colocó a las aspiraciones eugenésicas de algunos médicos, estableciendo una autonomía del saber médico respecto del poder público, se elige acentuar en las conclusiones la alianza entre Estado burgués y clase médica, suturando las fisuras.

Evitar conflictos en función del señalamiento de identidades arrastra otras consecuencias. Señalo solo dos. La primera se refiere a las convenciones de larga duración: en el tipo de material estudiado, sin el espesor conceptual de los textos privilegiados en historia de las ideas, existe la tentación de otorgarle el único sentido a ciertos motivos recurrentes. Pero si abordamos en detalle temas como el del *verde regenerador*, de tan larga data en Occidente, es posible reconocer el esquema de las diferencias. En Buenos Aires, en torno de la conocida polémica sobre la expulsión de los saladeros hacia la Ensenada, Sarmiento defendía el *verde* homologándolo a la idea de parque pintoresco, mientras que Puiggarí, su oponente en el debate, lo consideraba en términos de paradigma de acción de la naturaleza. Las diversas interpretaciones llevaron a considerar acciones opuestas.

Cité un ejemplo porteño. Barrán recurre a higienistas argentinos para corroborar una dirección homogénea de la ideología médica; pero lo que salta a los ojos del lector porteño son los contrastes. Para instalar la continuidad con el período de moralización de la medicina y disciplinamiento de las pasiones, Barrán acentúa la continuidad de *las formas* del discurso confesional con las secularizadas del tratamiento médico. Suspendamos la discusión sobre la separación entre forma y contenido. Para quienes, como los porteños, han vivido a la sombra de la Iglesia, sobresalta un ejemplo citado en el libro: la despenalización del aborto (bajo la condición única de que se realizara con el consentimiento de la mujer) en el Código uruguayo de 1934, cuyas rectificaciones de 1938 dejan en pie como causa eximente la salud de la mujer y las penurias económicas (pp. 110 y sigs.). Tal episodio debiera matizar no solo los juicios sobre qué significa control; también cabe preguntarse, dentro del horizonte de posibilidades reales, qué tipo de sociedad ha privilegiado de tal manera la decisión de la mujer sobre su propio cuerpo (lo que pone en tela de juicio la generalizadora hipótesis del *machismo* higienista). No la sociedad de Buenos Aires, por cierto. ¿Quién puede dejar de recordar las discusiones en la Constituyente de 1994 en la Argentina?

Estas objeciones, someramente planteadas sobre una única línea de discusión, no desechan la mirada cultural sobre el discurso y las prevenciones médicas en favor de las historias técnicas tradicionales que engarzan, linealmente, descubrimientos. Se sitúan, insisto, en el terreno de los límites

de la interpretación. Esta cuestión es aun central en ámbitos tan aparentemente alejados del mundo técnico como el del arte. Para historiadores como Gombrich, el problema del progreso en el arte establece uno de los límites duros: si no cabe duda de que el hombre de la baja Edad Media poseía otra imagen del mundo que la del humanista, tampoco puede negarse que Giotto aún no dominaba la técnica de la perspectiva. No puede hablarse de transgresión deliberada o imagen cultural diferenciada frente a un autor que no maneja ciertas normas técnicas. La cuestión de la verdad en historia, que coloca problemas epistemológicos densos, es aquí reconducida a una problemática inmediata, pero nada menor. Sin *límites objetivos* la materia histórica se diluye. Si esto no sucede en el libro de Barrán, es por su generosa exposición documental no ceñida exclusivamente a apuntalar las hipótesis, que permite otras lecturas, otras interpretaciones aun para quien desconozca en detalle el tema.

Los problemas del libro atañen más bien a las conclusiones tajantes. Cuando en cuestiones que nos tocan tan profundamente como la muerte, el dolor, el placer, instalados en un momento tan reciente de nuestra historia, queda claro que juicio y perspectiva actual no pueden evitarse (como no los evita Barrán), la paradoja de una sensibilidad progresista puesta a señalar el *sueño monstruoso de la razón* en el campo médico montevideano (p. 312, conclusión) no puede menos que sorprender. Médicos como Santín Carlos Rossi, cuyos *sueños monstruosos* se resumen en la frase "vida larga, cautivante y fácil" para todos, no es justo que sean homologados (a través de una frase de tanto éxito para analizar las perversidades de la razón instrumental) con la utilización de la tecnología en función de mitos jerárquicos, exterminio masivo, y heroísmo guerrero, como en el caso del nazismo. Cuando la eficacia técnica está puesta en función de las cloacas —por muy banales que estas resulten— sin duda adquiere un signo diferente al de la eficacia técnica puesta al servicio del terror.

GRACIELA SILVESTRI
UBA - CONICET

María Cristina Cacopardo y José Luis Moreno, LA FAMILIA ITALIANA Y MERIDIONAL EN LA EMIGRACIÓN A LA ARGENTINA. Nápoles, Edizioni Scientifiche Italiane, 1994, 179 páginas.

Familia y migraciones han andado juntas desde hace algún tiempo. La perspectiva demográfica ha sido uno de sus desenlaces. Sin embargo, la historiografía argentina no reconoce tradición en el tema. En *L'Italia nella società Argentina*, solo un artículo se atreve con las pautas matrimoniales de los italianos de la Boca a fines del siglo XIX. En el caso de *La familia italiana...*, al interés ya reconocido de los autores por los grupos étnicos, y en particular por la inmigración italiana en la Argentina, se suma ahora su preocupación por la dimensión familiar en tal proceso. Por eso mismo, el libro de Cacopardo y Moreno es casi un desafío. Bienvenido.

A manera de ensayos o capítulos independientes, con escenarios y cronologías diversos, los textos se ocupan básicamente de dos geografías. Desde la Italia rural: las familias de emigrantes; desde el Buenos Aires urbano y rural: las familias de inmigrantes. Las primeras, habitantes de San Gregorio Magno y San Gregorio Matese, en la Campania, desde fines del siglo XIX, y de Molfetta, en la Puglia, hacia 1930. Las otras, establecidas en el barrio de la Boca y en el partido de Luján integrantes de la corriente hacia la Argentina, a mediados de la década de 1990.

Los objetivos de la investigación podríamos resumirlos en el intento de reconstrucción de la estructura familiar y de los modelos migratorios. Las obsesiones del demógrafo/a y del historiador/a social se hacen evidentes en una narrativa no desprovista de tensión.

El primer capítulo remite a los escenarios y las características familiares generales de la inmigración italiana. Entre la línea de partida y la de llegada, los autores señalan algunas de las cuestiones fundamentales. Los desafíos del nuevo contexto social y cultural, el impacto sobre las estrategias familiares, y las formas que adquieren las familias y grupos domésticos. Las conclusiones sostienen que las estrategias adaptativas al nuevo medio social, al mercado de trabajo, a la oferta de vivienda y tierras, de servicios educativos, sanitarios y culturales, determinaron dos modelos familiares dominantes: las familias nucleares en la ciudad y los grupos domésticos sin estructura nuclear —varones solos o grupos de varones sin lazos de parentesco— en la campaña. Los calendarios industriales y naturales hicieron el resto: estabilidad para las primeras, contingencia para los segundos.

En este capítulo se demuestra de manera contundente que el modelo de familia nuclear y endogámico respondió mejor a las exigencias de la época. Más cuestionable es la presuposición de que se trataría del diseño fundacional de la sociedad y de la familia argentina contemporáneas. Aunque la hipótesis tenga cierta lógica (la cultura familiar dominante sigue siendo como entonces), el historicismo no ilumina, oscurece. La formulación de algunas preguntas necesarias de carácter "antropológico" problematizarían tal genealogía, no en su causalidad sino en la complejidad del conjunto. La reflexión sobre la articulación de tradiciones, hábitos y estrategias sociales en la configuración familiar de los migrantes, sobre el continente cultural de los actores que permitió, por ejemplo, la práctica de un fuerte malthusianismo popular, y la ponderación de formas familiares alternativas en sociedades con pretensiones homogeneizadoras, pueden ayudar a acercarnos a una observación crítica de tales matrices, si es que existen.

El segundo capítulo se ocupa de la composición demográfica de los emigrantes de San Gregorio Magno, pequeña comuna rural de Salerno. Se trata de la típica aldea rural con una economía de subsistencia limitada a sus recursos naturales y una estructura demográfica propia del medioevo. Sin sorpresas, San Gregorio responde a los patrones migratorios de toda Italia: creciente masculinidad (braceros y campesinos) y disminución de la emigración familiar.

Aquí los autores se detienen en algunas modalidades migratorias concretas. Personas que emigran sin familiares, varones que emigran en compañía de sus hijos o de sus hermanos, varones que emigran solos y son seguidos por miembros de su familia, y familias nucleares completas. Se impone el registro demográfico en perjuicio del análisis de las redes de parentesco en el proceso migratorio. Reconstituir la dinámica de las redes hubiese enriquecido la respuesta, bien lograda, al interrogante de "cómo emigraron".

En *Las mujeres van el Banco...* (capítulo tercero), los personajes cobran vida. Cultura, valores y mentalidades se condensan en esta historia poco conocida de las remesas de Molfetta en las postrimerías de las crisis de 1930. La reconstrucción es total: la red institucional que hacía posible los giros postales, las características de la emigración molfettense a la Argentina, y el impacto de las remesas en la sociedad italiana. Combinando las dificultades de la tarea de investigación con sus resultados, la narración nos lleva hasta las propias familias migrantes. Entre las conclusiones, la más significativa es la que apunta a remarcar el protagonismo de las mujeres. Son las receptoras de los giros, pero, más importante todavía, toman decisiones que involucran al grupo familiar, entre ellas, la eventual migración. Aunque la discriminación de género tiene más que ver con los mecanismos sociales de formas particulares de inclusión de la mujer, y no con la mera exclusión, queda cada vez más claro que la migración operó como detonante del cambio de papeles familiares y de género. Esta es la tesis más valiosa del trabajo.

El capítulo final nos traslada a San Gregorio Matese. Se trata de una región de migración constante que reconoció períodos intensos entre 1885 y la Primera Guerra Mundial. Sus contingentes

migratorios incluyeron sobre todo grupos familiares y amigos (60% del total). Entre los primeros, el jefe con esposa e hijos fue el grupo dominante. No fue sino hasta 1875 cuando se produce la primera emigración numerosa de mujeres. Resulta evidente, como lo afirma el texto, que la información transmitida por los primeros emigrados resultaba decisiva en la toma de decisiones. Se trataba, en definitiva, de una aventura con algunos riesgos calculados. El estudio de la emigración italiana a escala regional nuevamente da sus frutos y la idea del "equipaje" del migrante vuelve a imponerse como una metáfora feliz.

La familia italiana..., contiene logros y algunas dificultades. Más allá de las observaciones apuntadas, las proposiciones, las formas de indagación y sus conclusiones son claras e importantes. Su flanco débil es, desde la perspectiva de la historia de familia, su "adscripción" epistemológica. Aunque los autores enuncian en forma recurrente las inconveniencias de uniformar lo que es diverso, el texto como conjunto parecería recostarse finalmente en una perspectiva funcionalista. El postulado es: la contundencia del contexto socioeconómico favorece el desarrollo de modelos migratorios que a su vez determinan formas familiares. En otras palabras, el proceso de modernización (industrialización/urbanización) funcionaliza la estructura familiar nuclear y hace de ella la forma familiar más operativa. Como se sabe, los modelos parsonianos poco han servido al desarrollo de la historia de familia. Sin negar la fuerza de las sobredeterminaciones sociales, la multidireccionalidad de la familia como organización social y su potencialidad como sujeto histórico no reconoce destinos ni funciones predeterminados. Los modelos transicionales clásicos congelaron durante demasiado tiempo este doble movimiento. La recuperación y despliegue de otras tradiciones teóricas, aquellas que subrayan conceptos tales como los de estrategias familiares (Jacqueline Jones), redes de parentesco (Tamara Hareven), o ciclos transgeneracionales (Diana Balmori), permiten una visión menos normativa y más dinámica del *hacer familia*. Los textos que componen la obra describen algunas de las alternativas que enfrentan los actores, y no es poco, pero les sobreimpresionan las seguridades de la fotografía demográfica y la teoría de la modernización.

En definitiva, el libro de Cacopardo y Moreno es de indudable utilidad. Se trata, a pesar de cierta dispersión producto de la necesidad de responder a numerosas preguntas, en diversos escenarios y tiempos, de una investigación inteligente y con mucho oficio.

RICARDO CICERCHIA

Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani" - PROHAL

Leandro H. Gutiérrez y Luis Alberto Romero, SECTORES POPULARES, CULTURA Y POLÍTICA. BUENOS AIRES EN LA ENTREGUERRA. Colección Historia y Cultura, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1995, 212 páginas.

Este libro reúne un conjunto de artículos que marcaron en buena medida el debate historiográfico local de los años ochenta dejando una huella indeleble en él, tanto por la renovación que supuso su temática y su enfoque, como por la cantidad de estudios que se iniciaron en el horizonte de problemas colocado por ellos: la puesta en foco de un período, entreguerras; la búsqueda de conceptualización de lo popular urbano desde una perspectiva social, cultural y política; la presentación de una serie de objetos de estudio para captar los procesos de formación y reproducción de una nueva sociabilidad popular: sociedades barriales, bibliotecas populares, lazos de participación territorial, redes culturales no consagradas, el propio *barrio* como ámbito de creación histórica. La publicación en libro permite un análisis global y a la vez unitario de esta empresa: bajo este for-

mato, por ejemplo, resalta la organicidad, la voluntad de los autores de producir, más que una variedad de estudios mancomunados en torno a la problemática de los sectores populares porteños de entreguerras, un fresco global de su vida social y cultural, la reconstrucción abarcativa del clima de un período.

Escritos mayormente en la segunda mitad de la década de 1980, los artículos despliegan el ambicioso programa de investigación postulado por los autores a comienzos de la década en el trabajo colectivo "¿Dónde anida la democracia?" (PEHESA, *Punto de Vista* No. 15, Buenos Aires, 1982). El problema central era definir unos sectores populares que en los peores momentos de la historia política se habrían dado una organización e instituciones capaces de defender y transmitir, a la manera de postas, una cultura democrática "al acecho". En un emotivo homenaje a Leandro Gutiérrez a tres años de su muerte (realizado en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires y publicado en *Punto de Vista* No. 53, noviembre de 1995), Juan Carlos Portantiero, Carlos Altamirano y el propio Luis Alberto Romero dejaron en claro muchas de las circunstancias históricas en las que los autores gestaron ese programa: el clima de refugio de los centros de estudio durante la dictadura; el sentimiento de orfandad en el que trabajaban, con la pesada carga de sentirse "los sobrevivientes" de una completa tradición historiográfica, la de la historia social iniciada dos décadas antes; la incorporación a ese patrimonio de la historiografía inglesa (especialmente Thompson y Hobsbaw); el compromiso con la construcción institucional de la universidad y el CONICET en los mismos albores de la transición democrática, la docencia, la formación de grupos y la consolidación exitosa de un campo de debate y producción historiográfica. En la introducción al conjunto de ensayos, Romero presenta varias de estas condiciones de producción de las hipótesis. Creo, sin embargo, que se debe señalar todavía el modo en que la coyuntura política pesó en la propia construcción historiográfica de ese programa.

Podría decirse que los autores articularon con felicidad un manejo de temas presentes en el clima político e historiográfico de inicios de los años ochenta: de la reflexión sobre el autoritarismo partió la reivindicación optimista de los procesos propios de la sociedad frente a los impulsos provenientes del Estado; de la necesidad de tomar distancia tanto del populismo como del marxismo ortodoxo partió un acercamiento a los sectores populares no esencialista ni teleológico, capaz de advertir lo confuso de los bordes entre los sectores populares porteños y la *bête noire* clásica de ambas líneas ideológicas: la clase media. Mucho más evidente que los aportes del marxismo inglés, en estos puntos se ve la influencia —siempre reivindicada por los autores— de José Luis Romero. Pero hoy aparece con claridad meridiana que José Luis Romero venía a la salida de la dictadura a colaborar con ese programa no ya aportando una tradición metodológica de historia social —en momentos en que la crisis de las ciencias sociales, en especial en su versión estructuralista, demandaba la recuperación de perspectivas más "débiles" provenientes de la praxis historiográfica— sino un tipo de acercamiento, digamos, afectivo a estos sectores populares.

La clave en el acercamiento, lo que produce una mirada renovadora sobre la propia tradición de la historia social, es la matriz cultural de la explicación: los autores parten de la certidumbre de que es en el plano de la cultura donde se constituyen los sujetos históricos. Si para ellos el problema del historiador es reconstruir el camino que va de las determinaciones objetivas a las formas culturales, ese camino (la "experiencia", en los términos de Thompson a los que acude Romero) ya está culturalmente producido. Y posiblemente solo a partir de una valoración de la dimensión simbólica de los fenómenos sociales podía recentrarse la atención historiográfica en estos sectores populares tan poco heroicos desde una perspectiva tradicional, tan encarrilados ya en la entreguerra por la vía del ascenso social que los convertiría en clase media. Las resistencias que estos artículos provocaron entre los estudiosos de la "historia del movimiento obrero", pasaron en buena

medida por el cambio que postulaban para el lugar de constitución de los sujetos sociales. Con agudeza, estos estudios siguieron a los sectores populares "realmente existentes" en Buenos Aires en su recorrido cotidiano desde la fábrica, el taller o el empleo público, hasta el barrio, y se encontraron allí con una novedosa y heterogénea trama de identidades en construcción, de gran capacidad explicativa. Pero esto solo fue posible gracias a la recuperación de una mirada ideológica reconciliada con esa "sociedad aluvial" en integración y ascensos, trabajada por una tradición laica y reformista. Y aquí es donde vuelve a pesar la apuesta política coyuntural que conecta a los autores con José Luis Romero: la certeza de que aquella sociabilidad popular podía ser el modelo para la reconstitución de una cultura política democrática "desde abajo" en la Argentina contemporánea. El acento inicial de los artículos en las relaciones *sociedades de fomento/iniciativas culturales del socialismo*, ratifica esa apuesta.

Pero la otra gran innovación fue la de entender que el período privilegiado para captar esos fenómenos era la entreguerra. Esto solo pudo realizarse a fuerza de desplazar la mirada desde los procesos y acontecimientos políticos privilegiados por la historiografía hegemónica en la Argentina, hacia los procesos más "subterráneos" de la sociedad y la cultura. Si en la historia tradicional el peso del año treinta había impedido pensar como unidad en la Argentina lo que en buena parte de la cultura occidental se individualizó siempre como un período, esta nueva dimensión de estudio lo recupera, poniendo en discusión el problema de las diferentes temporalidades en la historia. Nada inocentemente, los autores empiezan uno de sus artículos más importantes caracterizando el período con la serie de cambios físicos, sociales y culturales que Buenos Aires había experimentado "callada y tranquilamente" (p. 69); contrastan así con la imagen más extendida sobre los años treinta —golpe, inestabilidad, fraude, crisis, hambruna—, y eso los hace sensibles a otros procesos que permiten repreguntarse también sobre el origen del peronismo, sobre el modo en que los mismos sectores populares estaban preparados para recibir su impacto. Pero además, abren la indagación historiográfica hacia nuevas problemáticas difícilmente articulables con la óptica tradicionalmente política, como los procesos de modernización en Buenos Aires que en efecto no reconocen pausa en esas décadas.

Al mismo tiempo, sobre esas dos innovaciones podría hoy centrarse una revisión del enfoque, aun reconociendo la enorme productividad de su formulación original que, entre otras cosas, ha permitido el desarrollo de las líneas de investigación desde las cuales esta revisión se hace posible, y aun reconociendo la cantidad de aspectos de la cultura de los sectores populares porteños de entreguerras que, despejadas las inflexiones epocales, estos trabajos han dejado como sedimento indeleble en el conocimiento historiográfico. Simplificando: con respecto al tipo de acercamiento a los sectores populares, creo que la apuesta progresista por esa sociabilidad popular impidió ver en su momento el papel global de la cultura barrial, por fuera de la importantísima construcción de redes de integración locales y de la producción del *barrio* como espacio público. Un cambio de foco permitiría analizar las vinculaciones de las sociedades vecinales con el poder político establecido, la reproducción institucional de las viejas modalidades de la política criolla como relaciones territoriales tradicionales —lo que volvió a esas sociedades público cautivo de las políticas conservadoras—, su apuesta ciega por la "modernización" de su sector urbano más allá de cualquier visión de las necesidades de reforma global de la ciudad, su estructural convicción antipolítica, por la cual reprodujeron la clásica concepción administrativista del gobierno urbano con un esquema ideal corporativo, sin mediaciones de la política, a la que siempre vieron como obstáculo para el "progreso"; si analizamos esa otra cara de las mismas instituciones, es fácil advertir cómo, en ese plano, fueron un obstáculo consistente y perdurable a las políticas reformistas que, en los años veinte, encarnaban un sector de la burocracia pública y el socialismo municipal. Podría decirse que Gutiérrez y Romero

encararon el estudio de estos nuevos sectores populares con una perspectiva autocentrada, fascinados por las lógicas sociales y culturales que descubrieron en el interior de su red de instituciones, estableciendo un "circuito cerrado" desde el cual postularon, sin más evidencias que la simpatía política y un reflejo funcionalista, su papel reformista global como "nidos de la democracia".

Es necesario reconocer que Romero se ha hecho cargo de esta limitación en la introducción del libro y que, además, en uno de los últimos artículos escrito por ambos autores (reproducido ahora como "La construcción de la ciudadanía, 1912-1955"), el enfoque centrado en el problema de la ciudadanía intentaba ya alguna respuesta. Sin embargo, creo que la fuerte impronta de las hipótesis iniciales se mantuvo y, sobre todo, una revisión profunda en esta dirección supondría necesariamente una nueva problematización del período. Si reconocemos que en diferentes dimensiones la cultura barrial cumple diversos papeles políticos, también debemos reconocer que las articulaciones entre las distintas temporalidades de la sociedad y la política son cualquier cosa menos sencillas. La provocación de contraponer a la imagen tan difundida del treinta como parteaguas radical una continuidad "callada y tranquila", tuvo un papel realmente oxigenador en la historiografía, permitiendo la aparición de una cantidad de procesos, actores y fenómenos hasta entonces ocluidos. Pero hoy amenaza con una reducción simétrica que impida ver la simultánea inquietud de esas dos décadas, indudable tanto en el plano político como en el intelectual. Si las interpretaciones tradicionales mostraban una sociedad y una cultura política en grave crisis, la renovación de Gutiérrez y Romero postuló una sociedad integrada y en ascenso construyendo una nueva cultura de síntesis. Creo que una tarea para avanzar en esta renovación es localizar los puntos de tangencia entre las diferentes dimensiones que permitan un acceso diferencial al período, buscando los desajustes necesarios.

Por último, me gustaría intentar una discusión más general con un aspecto que no suele abordarse en el análisis historiográfico y que en esta empresa considero central: el sistema narrativo que la conduce, porque creo que en su propia eficacia hay un obstáculo para pensar aquellos desajustes. Se trata de la ambición reconstructiva de un clima histórico global, a la manera de un gran fresco, que contrasta con la modalidad hoy más extendida de producir narraciones fragmentarias, estructuradas mediante casos o problemas, y que va a convertir a este libro en una referencia ineludible. Contra la puesta en discurso del carácter hipotético de la construcción histórica, el hilo narrativo reconstructivo apuesta a la presentación verosímil de una sensibilidad de época, acentuando la capacidad descriptiva del relato y buscando la producción de un cuadro cerrado, unitario y ciertamente sincrónico, en el que caben difícilmente los desajustes temporales, los quiebres espaciales o las desincronías entre dimensiones diferentes de la realidad histórica. Es un cuadro *armónico* no porque no aparezca el conflicto, sino porque también el conflicto encuentra su lugar en él. El contraste entre instituciones muy diferentes, por ejemplo, se subsume en la certidumbre de que, finalmente, todas ellas colaboraron con un resultado —la sociabilidad popular que se reconstruye— que se concibe sin fisuras, lo que aparece con claridad en el último trabajo realizado, el que Romero lleva adelante sobre las instituciones confesionales en Nueva Pompeya. A partir del reconocimiento de que el trabajo sobre las líneas de la tradición laica y reformista no había permitido dimensionar la fundamental influencia de la Iglesia en la construcción de la sociabilidad popular, el reflejo con que se incorpora esta nueva dimensión al análisis es el de subrayar las coincidencias, en los efectos, con el conjunto de las instituciones ya estudiadas. Construido ya el cuadro global de una *sensibilidad*, la aparición de nuevas dimensiones, de nuevas instituciones, de nuevas prácticas, solo puede llenar un nuevo casillero incapaz de poner en cuestión un entramado sostenido firmemente en una voluntad narrativa unitaria.

Estas diferencias no impiden el reconocimiento; más bien parten de él. Uno de los aciertos no menores de este libro es que permite establecer de modo definitivo la originalidad de la empresa

intelectual de los autores, ya que la vida vaporosa del formato "artículo" le había garantizado hasta entonces una influencia en el campo historiográfico tan extendida como fácil de diluir, al punto de que algunos de sus postulados parecieran haber alcanzado un carácter de evidencia que, paradójicamente, podría dificultar su correcta valoración. Creo que también por eso debe celebrarse la decisión de Romero de editar en libro estos artículos: por el lugar de clásico que estoy seguro le está reservado. Y, por supuesto, y en esto va además un agradecimiento, porque en esa decisión no puede dejar de leerse un generoso homenaje a Leandro Gutiérrez, cuya estatura de historiador el libro nos devuelve íntegra.

ADRIÁN GORELIK
UNQUI - UBA

Fernando J. Devoto y Marcela P. Ferrari (compiladores); *LA CONSTRUCCIÓN DE LAS DEMOCRACIAS RIOPLATENSES: PROYECTOS INSTITUCIONALES Y PRÁCTICAS POLÍTICAS, 1900-1930*. Buenos Aires, Universidad Nacional de Mar del Plata, Editorial Biblos, 1994, 272 páginas.

Este volumen contiene prácticamente la totalidad de las ponencias —a excepción de una— presentadas en las Jornadas Internacionales sobre "Las bases sociales de la política en un sistema de transición", organizadas por el Grupo de Investigación de "Movimientos sociales y sistemas políticos en la Argentina moderna" de la Universidad de Mar del Plata durante el mes de abril de 1993. Según refieren los compiladores, la propuesta original tendió a "organizar una reflexión que permitiese repensar la transición de un sistema político restringido como el imperante antes de 1912 a otro ampliado como el que la ley Sáenz Peña y otras subsecuentes promovían en el ámbito argentino" (p. 7), interesándose especialmente en verificar en la esfera regional y local —recurriendo tanto a estudios específicos de caso como a reflexiones más generales— las tesis esbozadas para el espacio nacional en las últimas tres décadas por Natalio R. Botana y Darío Cantón.

La elección de un ámbito espacial más restringido y una periodización más amplia habría respondido asimismo a dos objetivos principales: a) "poder percibir mejor sobre todo en niveles locales las formas concretas de interacción entre relaciones sociales y políticas" (p. 7), pretensión devaluada o cancelada, a juicio de los compiladores, por toda una tradición historiográfica dominante en el decenio de 1980, preocupada por cuestionar los determinismos y recuperar las dimensiones específicas de la política, y b) relativizar el impacto del corte tradicionalmente asignado al episodio "casi siempre considerado como decisivo de 1912-1916" (p. 8), aspirando a percibir en un marco temporal más amplio tanto las rupturas como las continuidades de las prácticas sociales y políticas anteriores. Si bien los estudios sobre el caso bonaerense predominan decididamente dentro del conjunto, este énfasis no excluye la presentación de estudios de interés sobre otras realidades regionales —la cordobesa y la santafesina— y del ámbito uruguayo, intentando ofrecer elementos de juicio para una lectura comparada.

La publicación está organizada en tres partes: en la primera, "Perspectivas nacionales comparadas", se opera una especie de inflexión entre los estudios de inspiración más tradicional de Eduardo Zimmerman y Carlos Zubillaga —dedicados, respectivamente, al análisis de los puntos de contacto entre reforma política y reforma social a través de los proyectos de Joaquín V. González, José N. Matienzo e Indalecio Gómez, y del modelo modernizador desarrollado por el battlismo uruguayo entre 1898 y 1918, que combinaba la asunción de un papel arbitral por parte del Estado con la renuencia de la dirigencia a comprometerse en un serio proyecto democratizador—, y el esfuer-

zo innovador de Gerardo Caetano, que con su consistente análisis sobre la articulación electoral del sistema político uruguayo durante la vigencia de la segunda Constitución (1919-1933) comienza a delinear la impronta predominante en el conjunto de la selección.

La segunda parte, "Perspectivas provinciales", incluye los trabajos de Julio Melón Pirro, Marcela Ferrari, y Mónica Bertolucci y Miguel Ángel Toroncher sobre las características y contenidos de la reforma política en la Provincia de Buenos Aires —sancionada por la ley electoral de 1913— y las continuidades y modificaciones en los comportamientos políticos que trajo consigo, y el de Gardenia Vidal acerca de los partidos y el clientelismo político en la provincia de Córdoba luego de la aplicación de la ley Sáenz Peña. En el caso bonaerense, los estudios intentan rescatar mediante estrategias diversas la especificidad de un proceso liderado institucionalmente por el conservadurismo hasta la intervención de la provincia en 1917, confirmando —a diferencia de la tendencia prevaleciente en una dimensión "nacional" después de la aplicación de la ley Sáenz Peña— la llamativa continuidad de ciertas prácticas asociadas tradicionalmente con el sistema político precedente (como el fraude, ciertas formas de clientelismo, la injerencia del estado provincial en la definición de las situaciones locales, etcétera). Esas características no se revertirían sino en forma gradual bajo las administraciones radicales que se sucedieron, siendo hábilmente explotadas a fin de garantizar tanto el constante éxito electoral —lo cual supuso aun la cooptación de antiguos caudillos conservadores que aportaban sus respectivas clientelas—, como la integridad de la estructura partidaria. Compartiendo esas preocupaciones, el estudio de Gardenia Vidal sobre partidos y clientelismo político en Córdoba aporta interesantes elementos para la comparación, desde una realidad provincial donde las jerarquías sociales conservaban una significación política mucho mayor a la observada en Buenos Aires. Vidal ofrece un estudio minucioso sobre los rasgos predominantes del caudillismo cordobés antes y después de 1912, la integración de antiguos caudillos conservadores a las filas de la Unión Cívica Radical y el surgimiento y perfil de los nuevos liderazgos, las características de los clientelismos rural y urbano y, especialmente, el nuevo sesgo que el partido político moderno —en este caso el radicalismo— imprime a la función pública, imponiendo un patronato oficial que constituía a la vez una fuente de redistribución de la riqueza y de ejercicio de la solidaridad.

La tercera parte, "Perspectivas urbanas", incluye los trabajos de Darío Marcor sobre espacios de constitución de lo político en Santa Fe en los años veinte y treinta —al que me referiré más adelante—, de María Liliana Da Orden acerca de la persistencia de las prácticas tradicionales en el socialismo marplatense entre 1916 y 1929, y de Eliza Pastoriza y Rodolfo Rodríguez sobre el radicalismo en General Pueyrredón en la década de 1920. El estudio de Da Orden intenta relativizar la definición de partido moderno y programático asignada tradicionalmente al Socialista, verificando la persistencia de relaciones clientelares en su seno y subrayando la significación adquirida por las redes primarias. El trabajo de Pastoriza y Rodríguez, en cambio —a diferencia del resto—, nos presenta un radicalismo extrañamente "perdedor" e incapaz de superar sus divergencias internas, convirtiéndose, de ese modo, en fácil presa del socialismo estudiado por Da Orden. Ambas ponencias coinciden en su intento de recomposición, partiendo de los registros de afiliación disponibles, de la procedencia social y étnica de los afiliados socialistas y radicales.

Confirmando las expectativas de los compiladores, puede afirmarse que, aunque fragmentaria, la selección presentada no resulta en modo alguno inconexa. Los trabajos iniciales de Zimmerman y Zubillaga permiten establecer un horizonte de perspectivas instaladas, a partir del cual se recortan con nitidez las nuevas propuestas. En muchos casos, como la sección destinada a las perspectivas provinciales, o bien los estudios sobre el socialismo y el radicalismo marplatenses, la presencia de ejes de discusión comunes incrementa el interés de la lectura, licuando algunas falencias habituales

en este tipo de trabajos, entre las que podrían enumerarse rápidamente: cierta insuficiencia de la perspectiva y el aparato hermenéutico adoptado por Melón Pirro —que amenaza con dejarlo a mitad de camino entre el análisis discursivo y el estudio del registro institucional—; una evidente ahistoricidad en algunas caracterizaciones ensayadas en el interesante trabajo de Bertolucci y Toroncher — como la de definir como *brokers* electorales a los comisarios—; la comparación sobre los rasgos generales del caudillismo antes y después de 1912 basada en fuentes bibliográficas pertenecientes a órdenes textuales no homogéneos en el minucioso estudio de Vidal; etcétera.

Estas salvedades, sin embargo, no pretenden ensombrecer los méritos de los trabajos respectivos. Más adecuado resulta, en cambio, formular una breve reflexión referida a la cristalización de los objetivos originales de la convocatoria. En cuanto a la pretensión declarada de “percibir mejor sobre todo en niveles locales las formas concretas de interacción entre relaciones sociales y políticas”, debe señalarse que si bien los estudios acerca del clientelismo bonaerense y, muy especialmente, el trabajo de Vidal sobre el caso cordobés, permiten avanzar en ese sentido, la pretensión de establecer un vínculo entre actores sociales y actores políticos tomando como base el registro de afiliaciones del Partido Socialista y Radical en Da Orden y Pastoriza-Rodríguez —a pesar de que se admite en este caso su insuficiencia para incorporar a los sectores acomodados y a los extranjeros—, presenta muchos más inconvenientes que soluciones. En cuanto al intento de relativizar el impacto del corte 1912-1916 ampliando el marco temporal, el resultado resulta ambiguo: por un lado, efectivamente, los trabajos consiguen a menudo recuperar la lógica de un proceso de continuidad/transformación extendido en el tiempo, donde no solo resulta posible confirmar la pervivencia de ciertos comportamientos, sino la de su centralidad dentro del universo político; por otro, atraídos sobremanera por el proceso de “electoralización de las prácticas políticas” (p. 69), los autores coinciden en prestar escasa atención al desarrollo de otras formas de participación que no necesariamente encontraban su expresión a través de los partidos políticos. Esta ausencia se pone de manifiesto ante la aislada presencia del breve pero logrado estudio de Darío Marcor, quien abre el juego hacia un conjunto de prácticas y mecanismos alternativos que subsistieron y se reelaboraron de manera diversa, y que los análisis han insistido en subvaluar, monopolizada su atención —de una u otra manera— por el influjo de la ley Sáenz Peña.

De este modo, *La construcción de las democracias rioplatenses...* constituye un saludable intento de exploración de dimensiones poco investigadas de las prácticas políticas durante las primeras tres décadas de nuestro siglo. Su lectura resulta recomendable, al estimular un debate de importancia nodal dentro de la disciplina histórica.

ALBERTO RODOLFO LETTIERI

Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”

Lila M. Caimari, PERÓN Y LA IGLESIA CATÓLICA. RELIGIÓN, ESTADO Y SOCIEDAD EN LA ARGENTINA (1943-1955). Buenos Aires, Ariel Historia, 1995.

La explicación de las relaciones entre la Iglesia y el Estado peronista han girado en torno de dos episodios: la pastoral episcopal de 1945, que prácticamente incitaba a los católicos a votar a Perón, y el conflicto de 1954, que derivó rápidamente en la caída del régimen. Las interpretaciones han diferido según partieran de uno u otro episodio, y según se formularan desde la óptica del peronismo o el antiperonismo, pero siempre apuntaron a sintetizar unívocamente el problema: se trataba de incompatibilidad intrínseca o de accidente; se debió a “malas influencias” o a la naturaleza per-

versa del peronismo. Lila Caimari propone en este excelente libro una formulación más amplia del problema: cómo impactó el peronismo en la Iglesia y en el catolicismo, y cómo se vinculó con la tradición católica. Desde esta doble perspectiva, postula que no hubo ni coincidencia plena ni enfrentamiento absoluto, sino el desarrollo complejo de una relación entre protagonistas a su vez complejos y cambiantes, cuya naturaleza conflictiva fue desplegándose en el marco de los enfrentamientos más generales de la Argentina peronista.

Lo más convincente del análisis de Caimari es su propósito de evitar explicaciones basadas en la "naturaleza" del peronismo y de la Iglesia. Según propone, ambos son en realidad campos complejos, con contradicciones y tensiones, equilibrios transitorios y cambios permanentes, de modo que no "son" algo sino que "están siendo". Esto es sobre todo evidente en el peronismo, cuyo proceso de construcción en relación con actores sociales diversos y tradiciones ideológicas y culturales diferentes ha sido frecuentemente señalado. Caimari subraya el descubrimiento relativamente tardío por parte de Perón, en los agitados años entre 1943 y 1946, de la Doctrina Social de la Iglesia, que habría usado, una vez consolidada su relación con los dirigentes sindicales, para hacer tolerable al resto de la sociedad una propuesta social que —según intentaba demostrar— no se filiaba ni en el socialismo ni en el fascismo. Tal operación habría tenido un origen táctico tanto o más pronunciado que las restantes realizadas en aquellos años por un Perón que —según su asesor religioso, el padre Benítez— en esas cuestiones "tocaba de oído".

Entre 1946 y 1949, Perón asumió el catolicismo como religión de Estado: presencia habitual en ceremonias religiosas, presencia igualmente habitual del cardenal Copello en actos oficiales, fuertes subsidios a la institución, confirmación de la enseñanza religiosa en las escuelas e inclusión de los principios de la encíclica papal *Quadragesimo anno* en la Constitución de 1949. Todo ello configuró una propuesta altamente satisfactoria para la Iglesia, complementada con la presencia de abundantes cuadros de origen católico en el gobierno. Pero desde 1950, otros elementos propios de la dinámica del peronismo fueron complicando la relación. El desarrollo de la "Doctrina nacional" —pese a la participación del padre Benítez en su formulación inicial— fue independizando la doctrina peronista de sus supuestas raíces eclesíásticas. Según Caimari, que aquí propone una de las cuestiones originales de su trabajo, paralelamente el peronismo empezó a identificarse, en el discurso estatal, con un cristianismo auténticamente popular, definido antes por las obras que por el dogma o el ritual; un cristianismo que invocaba a Jesús y a María, y sin pasar por la intermediación de la Iglesia, hacía de la pareja gobernante su expresión final. Esa concepción del cristianismo empezó a convertirse en tema de la educación, particularmente a través del libro de Eva Perón, *La razón de mi vida*. Sobre todo, la propuesta de peronizar todas las instituciones de la sociedad, que debía incluir a la propia Iglesia, significó avanzar sobre campos que esta consideraba reservados para sí, como la juventud. Así, la competencia institucional se sumó a una tendencia de largo plazo del régimen, que habría estado construyendo una versión propia de la religión cristiana.

También es compleja la naturaleza de la Iglesia, y más aún si se considera la totalidad del campo católico, cruzado por tensiones y conflictos horizontales y verticales. El mapa de Caimari incluye a la jerarquía eclesíástica, fuertemente estructurada en la década de 1930 alrededor de la figura de Copello, y a los sacerdotes jóvenes; a las entidades laicas, organizadas desde 1931 alrededor de la Acción Católica, y en donde segmentos nuevos como la Juventud Obrera Católica abrieron nuevas propuestas de acción social, así como a los periódicos, expresión de la jerarquía o de los múltiples grupos políticos e ideológicos. Estos reproducían a su vez las tendencias de la fuertemente politizada sociedad argentina de la guerra y la posguerra: había nacionalistas, hispanistas e integristas, otros volcados al catolicismo social, y finalmente quienes se alineaban en el campo libe-

ral y democrático. Todo ello explica la diversidad de reacciones ante una propuesta como la peronista, que incluía muchos de los temas caros a la Iglesia pero lo hacía en una versión no del todo concordante con la sensibilidad católica.

En 1946, el triunfo de los partidarios de la alianza con el peronismo fue categórico pero no total. Poco después, en la campaña por la sanción legislativa de la enseñanza religiosa la Iglesia recuperó su unidad monolítica, y bajo la dirección de los obispos hizo una de sus grandes demostraciones plebiscitarias, habituales desde el Congreso Eucarístico de 1934. Sin embargo, las divisiones internas seguían existiendo, realimentadas por las nuevas orientaciones del régimen peronista, y también por los cambios en la política del papado. Desde el final de la guerra —y sobre todo luego de 1950— Pío XII había descubierto las bondades del “mundo libre” y la democracia, lo que lo llevaba a mirar con desconfianza a Perón y su régimen, alentando en los católicos locales un redescubrimiento de las bondades del liberalismo. El desencanto de muchos cuadros católicos con el régimen —del cual se alejaron mayoritariamente luego de 1950— se sumó a una revitalización de las organizaciones laicas, estimuladas por Roma. Se impulsó así el desarrollo de secciones profesionales y sociales que, sin proponérselo en forma específica, entraron en competencia con un Estado que simultáneamente avanzaba sobre la sociedad. El caso más conocido, el del partido Demócrata Cristiano, habría tenido para Caimari menos importancia que el avance de los católicos organizados sobre el campo universitario, profesional y obrero. La cabeza de la jerarquía eclesiástica se vio rebasada por esta movilización del laicado católico, sobre todo en Córdoba, donde hicieron pie firmemente.

Un aspecto muy valioso del texto es el rastreo del gradual desarrollo del enfrentamiento que, según se afirma, no estaba inscripto en la naturaleza de las cosas ni estalló en forma inopinada. Caimari descubre ya en 1947, en medio del idilio entre Estado e Iglesia, un “desliz anticlerical” en manifestaciones de Perón, que reprocha a los eclesiásticos su escaso entusiasmo por el gobierno y una vida privada no muy acorde con el “verdadero cristianismo”. Al año siguiente, tres sacerdotes son involucrados en el complot supuestamente encabezado por Cipriano Reyes. Desde 1950, por lo menos, el gobierno manifiesta una nueva preocupación por las religiones no católicas: los judíos, los protestantes establecidos, los nuevos pastores pentecostalistas, y hasta el grupo espiritista de la Escuela Basilio. La autorización a un gran acto de esta Escuela en 1950, y cierto respaldo oficial, dio lugar al primer enfrentamiento abierto, protagonizado por la juventud de la Acción Católica. Este momento fue decisivo en la relación entre el régimen y el catolicismo: conflictos menores, disconformidades y desilusiones empezaron a catalizar; las voces de los antiperonistas, hasta entonces relegadas, comenzaron a hacerse oír, y dentro del campo católico pareció posible que se desarrollara una identidad política no solidaria con el régimen y hasta opuesta a él.

Para Caimari, sin embargo, esto no basta para explicar el espectacular conflicto de 1954, que habría estado sobredeterminado por el enfrentamiento político mayor que envolvía a la sociedad argentina. Desde 1950, y sobre todo después de 1952, la identidad política fue radicalizándose: el peronismo se identificó con la nación, frente a la cual se alzaba el otro, la antipatria, un actor de perfil cambiante al cual se atribuían todas las dificultades del gobierno. Su núcleo eran, naturalmente, los partidos opositores; pero en forma creciente, por la propia lógica del discurso y la acción política, la Iglesia fue llevada progresivamente allí, pese a los esfuerzos de la jerarquía para detener el movimiento. A su vez la oposición, por el mismo movimiento, fue incluyéndola en el grupo de los golpeados, de uno u otro modo, por el gobierno. Esto explica que a medida que se radicalizaba el enfrentamiento que dividía a la sociedad argentina, Perón incluyera entre sus enemigos a la Iglesia y lanzara, a fines de 1954, su furibundo ataque. Pero las causas inmediatas no explican la profundidad de su desarrollo, concluye Caimari. Si este pudo prosperar, fue por aquel largo y silencioso conflicto previo, que preparó de uno y otro lado los ánimos para la ruptura.

Lo más valioso de este texto es el intento de dar una explicación compleja a un problema habitualmente resuelto de manera simple. No solo los protagonistas son presentados en toda su diversidad sino que hay una cuidadosa graduación en la exposición del enfrentamiento, pasando de las tensiones sordas a los conflictos abiertos y de allí a las incompatibilidades radicales. Hay también una preocupación por mostrar la amplitud de cada coyuntura, y la posibilidad que presentaba cada una de ellas para resoluciones diferentes. Sobre todo, hay un interesante enlace entre el enfrentamiento específico y la dinámica política más general.

El mayor déficit es el señalado por la propia autora, cuando enumera los temas abiertos: la reacción de la sociedad, y en particular de los peronistas frente este proceso. No está claro, en primer lugar, cómo fue la recepción inicial del discurso de su nuevo líder por parte de los sectores que se estaban haciendo peronistas. Caimari circunscribe sus comentarios a la dirección sindical, que en buena parte es de origen socialista o sindicalista, y probablemente anticlerical. Pero es dudoso que lo mismo ocurriera con quienes los seguían, de manera que en modo alguno parece irrelevante que Perón adoptara las fórmulas del catolicismo social para acercarse a un auditorio seguramente sensible a él. En las dos décadas anteriores hubo un esfuerzo sistemático, exitoso en alguna medida, de la Iglesia para recatolizar la sociedad, y seguramente vastos contingentes se hicieron más receptivos a propuestas que, además de atender necesidades y demandas específicas, sonaban armoniosamente con la cultura católica popular.

En el mismo sentido cabe preguntarse por un tema central en el razonamiento de Caimari: el llamado cristianismo peronista. Es claro que el discurso estatal debía producir irritación, furia o terror en la institución eclesial. ¿Hubiera sido aceptado por el pueblo peronista? Caimari subraya el anticlericalismo espontáneo de 1955, pero cuesta imaginar, a la luz de los comportamientos anteriores y posteriores, que la gente pudiera aceptar una propuesta enfrentada con una religiosidad entrelazada, en la base misma de la sociedad, con la Iglesia institucional. Es por el lado de la recepción del mensaje peronista, y de la religiosidad popular, por donde parece interesante continuar esta rigurosa indagación de Caimari.

LUIS ALBERTO ROMERO
Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani" - PEHESA



NOTA A LOS AUTORES Y COLABORADORES

Los trabajos con pedido de publicación deben ser enviados al Secretario de Redacción del *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, 25 de Mayo 217, 2do. piso, 1002, Capital Federal, Argentina. En ellos, los autores deberán tener en cuenta las siguientes recomendaciones de presentación:

- 1) Deberán enviarse tres copias del trabajo para su evaluación por árbitros externos al Comité Editor de la revista.
- 2) El texto deberá ser mecanografiado a doble espacio, en papel tamaño carta, escrito en una sola carilla y con márgenes razonables.
- 3) La extensión de los trabajos no superará las 40 carillas (65 espacios por 27 líneas, incluyendo notas, cuadros, gráficos y otros), para los de la sección "Notas y Debates" 20, y para las reseñas bibliográficas, 5 carillas.
- 4) Los manuscritos de autores argentinos y latinoamericanos deberán estar escritos en español.
- 5) Los cuadros y gráficos se incluirán en hojas separadas del texto, y en el caso en que se envíen gráficos y mapas, estos deberán presentarse en su versión final para facilitar su reproducción directa.
- 6) Las citas y notas bibliográficas del trabajo se incluirán al final del texto, en hojas separadas y en el orden siguiente: a) nombre y apellido del autor, b) título de la obra subrayado, c) volumen, tomo, etc. (en su versión abreviada vol., t., etc.), d) lugar de la edición, e) editorial o editor (solo si fuera necesario), f) fecha, o simplemente año de la publicación, y g) número de páginas.

7) En caso de citarse artículos, se utilizará el mismo orden indicado en 6), citando entre comillas el título del artículo y subrayando el título de la revista de donde se tomó. En caso de reiterarse la referencia a un libro o artículo, no se indicará las referencias "ob. cit", "ibid" u otra abreviación similar, sino las primeras palabras del título, seguidas de puntos suspensivos.

8) Los números van en arábigos y se abreviarán (núm. 2); los volúmenes, en arábigos, y se abreviarán (vol. 3); el tomo va desatado y en romanos (tomo X); página se abreviará (p. 8), páginas se abreviará (pp. 8-19).

9) Las ciudades y organismos extranjeros que tengan traducción al español, deben aparecer en esta lengua.

10) Las citas no llevarán puntos suspensivos que indiquen omisión de texto al principio y al final; en medio de la cita, la omisión se indicará con signos suspensivos entre corchetes.

11) Las expresiones que indican décadas se escribirán como sigue: la década de 1980; los años ochenta; la década del ochenta. Es el período 1930-1937 y no 1930-37.

BOLETIN DEL INSTITUTO DE HISTORIA ARGENTINA
Y AMERICANA "DR. EMILIO RAVIGNANI"

Solicitud de suscripción

Suscripción por el año.....

Nombre y apellido.....

Domicilio.....

Código y ciudad

PaísTeléfono.....

Adjunto cheque* del Banco

NºPor valor de

* a la orden de Facultad de Filosofía y Letras. UBA

cortar aquí

Precios de la suscripción para particulares

(Año 1995, Nos. 11 y 12)

Argentina 25 U\$\$

América Latina

y EE.UU 35 U\$\$

Resto del Mundo 36 U\$\$

Precios de la suscripción para instituciones

(Año 1995, Nos. 11 y 12)

Argentina 31 U\$\$

América Latina

y EE.UU. 39 U\$\$

Resto del mundo 41 U\$\$

Toda la correspondencia debe ser dirigida a la Secretaría de Redacción del Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani", 25 de Mayo 217, 2 piso, (1002) Capital Federal, Argentina.

El Colegio de México

HISTORIA MEXICANA

Vol. XLIV, abril-junio, 1995, núm. 4

176

Sumario

Solange Alberro

Presentación. La revolución mexicana: ecos cercanos y lejanos

Artículos

Luis Anaya Merchant

La construcción de la memoria y la revisión de la revolución

Alicia Salmerón Castro

El general agrarista en la lucha contra los cristeros.

El movimiento en Aguascalientes y las razones de Genovevo de la O

Lawrence Douglas Taylor Hansen

**¿Charlatán o filibustero peligroso? El papel de Richard "Dick" Ferris en la
revuelta magonista de 1911 en Baja California**

Victoria Lerner Sigal

Espionaje y revolución mexicana

Pablo Yankelevich

**Una mirada argentina de la revolución mexicana. La gesta de Manuel Ugarte
(1910-1917)**

M. S. Alperóvich

**La revolución mexicana en la interpretación soviética
del periodo de la "guerra fría"**

Historia Mexicana es una publicación trimestral de El Colegio de México, A. C. Suscripción anual en México: 76 nuevos pesos. En Estados Unidos y Canadá: individuos, 32 dólares; instituciones, 50 dólares. En Centro y Sudamérica: individuos, 26 dólares; instituciones, 34 dólares. En otros países: individuos, 42 dólares; instituciones, 60 dólares. Si desea suscribirse, favor de enviar este cupón a El Colegio de México, A. C., Departamento de Publicaciones, Camino al Ajusco 20, Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. F.

Adjunto cheque o giro bancario núm.: _____

por la cantidad de: _____

a nombre de El Colegio de México, A. C., como importe de mi suscripción por un año a *Historia Mexicana*.

Nombre: _____

Dirección: _____ Código Postal: _____

Ciudad: _____ Estado: _____ País: _____

ESTUDIOS SOCIALES

Revista Universitaria Semestral

Consejo de Redacción: Darío Macor (Director), Ricardo Falcón,
Eduardo Hourcade, Enrique Mases, Ofelia Pianetto, Hugo Quiroga

ISSN: 0327-4934

Nº 9

segundo semestre

1995

ARTICULOS

WALDO ANSALDI: Gobernabilidad democrática y desigualdad social.

ALEJANDRO EUJANIAN: Paul Groussac y la crítica historiográfica en el proceso de profesionalización de la disciplina histórica argentina.

MARÍA BEATRIZ GENTILE: Ciudades y circuitos comerciales en la frontera argentino-chilena, 1870-1900.

LUCIANO ALONSO: La mutilación corporal como institución de control social.

GIOVANNI LEVI: Economía campesina y mercado de la tierra en el Piamonte del antiguo régimen.

ENTREVISTA: a GIOVANNI LEVI

NOTAS Y COMUNICACIONES

MIRTA GEARY: Las cooperadoras escolares como nuevos actores sociales.

ALBERTO GIORDANO: *Sitio*: ensayo y polémica.

MANUEL CRUZ: El marco no es un adorno.

Notas bibliográficas.

ESTUDIOS SOCIALES, Universidad Nacional del Litoral, 9 de julio 3563, Santa Fe, Argentina; telefax directo (042) 554292.

Correspondencia a: Casilla de Correo 547, (3000) Santa Fe, Argentina.

Distribución Internacional: Fernando García Cambeiro, Latin American Books & Serials, Box 014, Skyway USA, 2886 N.W. 79th. Ave, Miami, Florida, 33122, USA.

EL COLEGIO DE MÉXICO

HISTORIA MEXICANA

VOL. XLIV, ENERO-MARZO, 1995, NÚM. 3

175

Artículos

Antonio Rubial García
Tebaidas en el Paraíso. Los ermitaños de la Nueva España

Clara Elena Suárez Argüello
Sequía y crisis en el transporte novohispano en 1794-1795

Patrick J. Carroll
Los mexicuarios negros, el mestizaje y los fundamentos olvidados de la "Raza
Cósmica": una perspectiva regional

Jean-Pierre Bastian
Una ausencia notoria: la francmasonería en la historiografía mexicanista

Romana Falcón
Descontento campesino e hispanofobia. La tierra caliente
a mediados del siglo XIX

HISTORIA MEXICANA es una publicación trimestral de El Colegio de México, A.C. Suscripción anual: en México, 76 nuevos pesos. En Estados Unidos y Canadá: individuos, 32 dólares; instituciones, 50 dólares. En Centro y Sudamérica: individuos, 26 dólares; instituciones, 34 dólares. En otros países: individuos, 42 dólares; instituciones 60 dólares. Si desea suscribirse, favor de enviar este cupón a El Colegio de México, A.C. Departamento de Publicaciones, Camino al Ajusco 20, Col. Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D.F.

Adjunto cheque o giro bancario núm.: _____

Por la cantidad de: _____

A nombre de El Colegio de México, A.C. como importe de mi suscripción por un año de suscripción a HISTORIA MEXICANA.

Nombre: _____

Dirección: _____

Código postal: _____ Ciudad: _____

Estado: _____ País: _____

ENTREPASADOS

REVISTA DE HISTORIA
AÑO V - NUMERO 8 PRINCIPIOS DE 1995

Artículos

Notas para un estudio de las relaciones entre Juan B. Justo y Alfredo L. Palacios.
Ricardo Nudelman

Las prácticas "políticas" del anarquismo argentino.
Juan SURIANO

Galería de textos

Microhistoria: dos o tres cosas que sé de ella.
Carlo GINZBURG

Entrevista

De la política a la historia. Entrevista a Eugene Genovese.
por Gustavo PAZ

Historia y Educación

Contenidos Básicos Comunes en Ciencias Sociales.

Los Contenidos Básicos comunes de Ciencias Sociales para la
Educación General Básica.
María Dolores BEJAR

¿Ciencias sociales sin proceso histórico? Análisis de los nuevos contenidos básicos de
Ciencias Sociales para la educación general.
María Ernestina ALONSO

Fuentes de Archivo y Notas Bibliográficas

Suscripciones: En Argentina US\$ 24 (dos números) En el exterior, vía superficie US\$ 30
(dos números); vía aérea US\$ 40 (dos números)

Entrepasados es una publicación independiente y recibe toda su correspondencia, pedidos
de suscripción, giros y cheques en Casilla de Correo N° 28 (1657), Loma Hermosa, Buenos
Aires, Argentina. Tel.: 769-9013

Revista
CICLOS

en la historia, la economía y la sociedad

Publicada en el marco de las actividades del
Instituto de Investigaciones de Historia Económica y Social
Facultad de Ciencias Económicas- Universidad de Buenos Aires

SUMARIO: Año V, Vol. V, N° 9, 2do. semestre de 1995

FASCISMO, NAZISMO Y GUERRA MUNDIAL EN LA HISTORIA ARGENTINA

Ronald C. Newton. *El fascismo y la colectividad italo-argentina, 1922-1945.*

Raanan Rein. *Otro escenario de lucha: franquistas y antifranquistas en la Argentina, 1936-1949.*

Leonardo Senkman. *La Argentina neutral de 1940 ante los refugiados españoles y judíos.*

Roger Gravil. *El Foreign Office vs. el Departamento de Estado: reacciones británicas frente al Libro Azul.*

PLANES DE AJUSTE Y DESOCUPACION

Guillermo Vitelli y Noemí Brenta. *Planes de ajuste, proceso inflacionario e inversión: la experiencia argentina anterior a los años '80.*

Wilma Paura. *Ajuste y desocupación: el caso de Comodoro Rivadavia, 1975-1993.*

ECONOMIA Y POLITICA EN LA ARGENTINA AGROEXPORTADORA

Adriana Montequín. *Sector público y sistema tributario argentino, 1914-1932.*

Fernando García Molina. *El poder militar en la Argentina del Centenario, 1910-1914.*

NOTAS Y COMUNICACIONES

Eva Giberti. *La discriminación de la mujer en América Latina.*

ENSAYOS BIBLIOGRAFICOS

Ignacio Klich. *Los nazis en la Argentina: revisando algunos mitos.*

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

Cristian Buchrucker - Mónica Campins - Julio Sevares - Beatriz Figallo

RESEÑA DE ACTIVIDADES ACADEMICAS

Colaboraciones y correspondencia deben enviarse a: Secretaría de Redacción, **Revista CICLOS, en la historia, la economía y la sociedad** - Instituto de Investigaciones de Historia Económica y Social- Facultad de Ciencias Económicas (UBA)-Av. Córdoba 2122 2do. piso (1120) Buenos Aires-Argentina. Teléfono (541) 374-3864, interno 511 y Fax (541) 374-3864, interno 512. Suscripciones: Ciclos, Casilla de Correo N° 147, Suc. 53 B. (1453) Buenos Aires-Argentina.

Desarrollo Económico

Revista de Ciencias Sociales

Comité Editorial: Juan Carlos Torre (Director), Roberto Bouzas, Ricardo Carciofi, Daniel Chudnovsky, Liliana De Riz, José Nun, Hilda Sabato, Getulio E. Steinbach (Secretario de Redacción)

ISSN 0046-001X

Vol. 35

Octubre-diciembre 1995

Nº 139

STEPHAN HAGGARD Y ROBERT KAUFMAN: Estado y reforma económica: la iniciación y consolidación de las políticas de mercado.

EDUARDO A. ZALDUENDO: Economistas escritores y economistas escritores.

LUIS BECCARIA Y AIDA QUINTAR: Reconversión productiva y mercado de trabajo. Reflexiones a partir de la experiencia de Somisa.

EDUARDO P. ARCHETTI: Estilo y virtudes masculinas en *El Gráfico*: la creación del imaginario del fútbol argentino.

MARIO F. NAVARRO: Democracia y reformas estructurales: explicaciones de la tolerancia popular al ajuste económico.

NOTAS Y COMENTARIOS

NESTOR LOPEZ Y ALFREDO MONZA: Un intento de estimación del sector informal urbano en la Argentina.

ADRIANA ALBERTI: Independencia del banco central: dilemas económicos, políticos e institucionales. Una revisión de la literatura.

CRITICA DE LIBROS

CARLOS A. PREGO: La imagen del desarrollo en ciencia y tecnología en el espejo de la ciencia social latinoamericana.

INFORMACION DE BIBLIOTECA

CATALOGO DE PUBLICACIONES DE CENTROS DE INVESTIGACION EN CIENCIAS SOCIALES, Nº 12

DESARROLLO ECONOMICO—*Revista de Ciencias Sociales* es una publicación trimestral editada por el Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES). Suscripción anual: R. Argentina, \$ 60,00; Países limítrofes, U\$S 68; Resto de América, U\$S 74; Europa, U\$S 76; Asia, Africa y Oceanía, U\$S 80. Ejemplar simple: U\$S 15 (recargos según destino y por envíos vía aérea). Pedidos, correspondencia, etcétera, a:



Instituto de Desarrollo Económico y Social
Aráoz 2838 ♦ 1425 Buenos Aires ♦ Argentina
Teléfono: 804-4949 ♦ Fax: (541) 804-5856

*Se terminó de imprimir en el mes de marzo de 1996,
en los talleres de Graffit SRL,
Buenos Aires, Argentina.*

